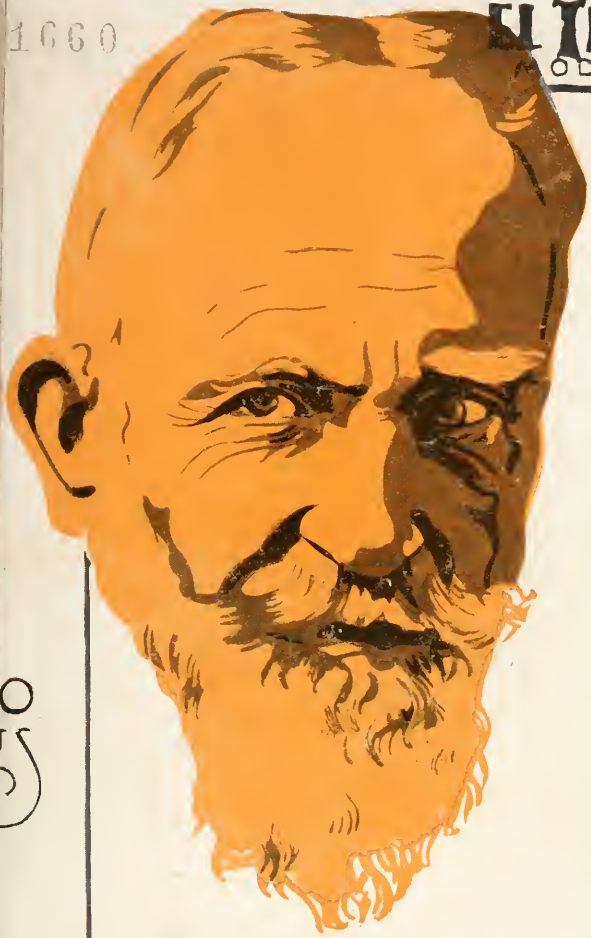
1660

EL TEATRO
MODERNO



G. Bernard-Shaw
Cándida

Gago
XXVIII

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/cndidamisterio00shaw

EL TEATRO
MODERNO
Director: LUIS URIARTE

George Bernard Shaw

CÁNDIDA

MISTERIO EN TRES ACTOS

Traducción de JULIO BROUTÁ

Estrenado en el Teatro Infanta Beatriz, de Madrid, el 24 de noviembre de 1928

PRENSA MODERNA
MADRID

AÑO IV 15-XII-1928 NÚM. 173

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Cándida...	*Irene López Heredia.*
Proserpina...	*Hortensia Gelabert.*
Morell...	*Ricardo Puga.*
Eugenio...	*Manuel Asquerino.*
Burgess...	*Juan Espantaleón.*
Mill...	*Señor Comella.*

ACTO PRIMERO

Una hermosa mañana de octubre, en la parte nordeste de Londres, vasto distrito a varias millas del Londres de Mayfair y St. James, y mucho menos angosto, sórdido, fétido y ahogado en sus callejas pobres que las de estos barrios de moda. Pletórico de la vida, la vida llana y sencilla de la clase media, tiene calles anchas y populosas, bien provistas de feos urinarios de hierro, clubs radicales y líneas de tranvías, por las que pasa de continuo una corriente de coches amarillos. En sus vías principales se disfruta del lujo de esos jardincitos delanteros de césped, sólo hollados por el pie del hombre en la vereda que lleva de la verja a la puerta de entrada. Una monotonía, soportada con indiferencia de millas y millas de casuchas de ladrillo, de verjas negras, de pavimento adoquinado, de tejados de pizarra y de gentes peor o mejor vestidas, acostumbradas al panorama y en su mayoría afanadas en un trabajo que ni les beneficia ni interesa, afean el lugar y constituyen su plaga. La poca energía y vivacidad que allí crecen, manifiéstanse en la codicia y el mercantilismo del pueblo bajo. Ni siquiera los policías y las capillas son lo suficientemente escasos para romper la monotonía. Por otra parte, el sol luce alegremente, no hay la menor niebla, y aunque el humo de las chimeneas impide que haya nada, sean caras y manos, o ladrillos y revoco, que presente un aire de limpieza y lozanía, no forma, sin embargo, un velo lo bastante espeso para molestar a un londinense. Este desierto inatractivo tiene, no obstante, su oasis. Cerca del final de la calle de Hackney hay un parque de 217 acres, cercado, no por una reja, sino por una valla de madera, que contiene anchos prados, una porción de árboles, una piscina de natación, platabandas de flores, verdaderos triunfos de la tan admirada jardinería londinense, y un arenal, importado en un principio de una playa para recreo de los niños, pero pronto abandonado por haberse convertido en un criadero natural de toda la fauna menor de Kingsland, Hacknel y Hoxton. También cuenta entre sus atracciones un tablado para la banda de música, una tribuna para oradores religiosos, antirreligiosos y políticos,

608392

un sitio para jugar al cricket, un gimnasio y un quiosco de piedra anticuado. Dondequiera se encuentra limitada la vista por árboles o verdes altozanos, el paraje resulta agradable; pero allí, donde el terreno llano se extiende hasta tropezar con las vallas grises, detrás de las cuales sólo se divisan ladrillos, y revoco, y bosques de chimeneas humeantes, el aspecto (al menos en 1894) no puede ser más desolado y sórdido.

La mejor vista del Parque Victoria la tienen las ventanas de la fachada de la rectoría de Santo Domingo, de las que no se ve ni un ladrillo. La rectoría está medio aislada de las demás edificaciones, con un jardincito delante y un pórtico. Las visitas suben los escalones que conducen al pórtico, mientras los de la casa y los proveedores entran en el sótano por una puerta que hay bajo la escalera. Este sótano tiene delante un comedor de familia, y detrás la cocina. Arriba, al nivel de la puerta del vestíbulo, está el salón, con su ventanal de cristales biselados sobre el parque. En esta habitación, la única a salvo de los niños, trabaja el reverendo Jaime Mavor Morell. Aquí, justamente, le tenemos sentado en un sólido sillón giratorio, de curvo respaldo, al extremo de una larga mesa, situada junto a la ventana, de modo que, volviendo la cabeza hacia la izquierda, puede gozar de la vista del parque. Al otro extremo de la mesa, y adosada a ella, hay otra mesita, la mitad de ancha que la otra, con una máquina de escribir. La mecanógrafa del reverendo aparece sentada también ante su máquina, de espalda a la ventana. La mesa grande se encuentra atestada de folletos, periódicos, cartas, carpetas, un libro de apuntes, un pesacartas, etc. En medio de la habitación, una silla reservada para las personas que vienen a hablar con el párroco, vuelta hacia él. Al alcance de la mano de éste, un servicio de escritorio y una fotografía enmarcada. La pared, detrás de Morell, aparece forrada de estanterías con libros, en los que un ojo avezado puede evaluar la casuística y teología del párroco por los "Ensayos Teológicos" de Maurice y una edición completa de los poemas de Browning, así como la política del reformador por un ejemplar de lomo amarillo de "Progreso y Miseria", los "Ensayos Fabianos", "Un sueño de John Ball", "El Capital" de Marx, y media docena más de hitos literarios prominentes en el Socialismo. Enfrente de él, al otro lado de la habitación, cerca de la máquina de escribir, se halla la puerta que comunica con el interior. Más abajo, frente a la chimenea, otra librería y, junto a ella, un sofá. En este momento se halla encendido el fuego, un

hermoso fuego, por cierto, y el hogar, con su cómodo sillón y la carbonera de esmalte negro con flores pintadas a un lado, y una sillita de niño al otro, con su chimenea de madera barnizada, sobre cuya ménsula se ve un reloj de viaje en su funda de cuero (el regalo de boda inevitable) y encima, colgando del muro, una amplia reproducción de la figura principal en la "Asunción de la Virgen", de Tiziano, resulta verdaderamente atractivo y acogedor. En general, la habitación es la de una mujer de su casa, vencida, por lo que a la mesa de escribir se refiere, por un marido un tanto desordenado, pero, en lo demás, dueña de la situación. El mobiliario, en su aspecto ornamental, delata el estilo de los "juegos de salón" anunciados en los periódicos por los fabricantes al por mayor de los suburbios, pero, siquiera, no hay nada inútil ni pretencioso. El papel y los zócalos de madera de las paredes son oscuros y ponen más de realce el hermoso ventanal y la vista del parque.

El reverendo Jaime Mavor Morell es un sacerdote cristiano socialista de la iglesia anglicana y un miembro activo de la Sociedad de San Mateo y de la Unión Social Cristiana; hombre vigoroso, de buen humor, simpático, de unos cuarenta años, sano y bien parecido, lleno de energía, de modales agradables, cordiales y corteses, con una voz bien timbrada y sin afectación, que emplea con la articulación limpia y atlética de un orador avezado y un dominio absoluto de la expresión. Es un clérigo de primer orden, capaz de decir lo que quiera a quien quiera, de predicar y reconvenir a la gente sin acrimonia, de imponerles su autoridad sin humillarles, y, en ocasiones, de intervenir en sus asuntos sin indiscreción. El manantial de su entusiasmo y afabilidad no se seca jamás ni por un momento. Con todo, come y bebe lo suficiente para quedar vencedor en la diaria batalla entre el agotamiento y el restablecimiento. Por lo demás, un niño grande, a quien hay que perdonar la vanidad que le inspiran sus grandes dotes y que, inconscientemente, se halle tan satisfecho de sí mismo. Tiene una tez saludable, una frente alta, las cejas pobladas, los ojos brillantes y vivos, la boca enérgica, pero no particularmente bien dibujada, y una nariz gruesa, con las aletas movibles y anchas del orador dramático, falta, como todos sus rasgos, de sutileza.

La mecanógrafa, Miss Proserpina Garnett, es una personita vivaracha, de unos treinta años, de la clase media inferior. Viste un traje limpio, pero barato, una falda de lana negra y una blusa,

Es bastante parlanchina y desahogada, y no muy fina en sus modales, pero sensible y afectuosa. Teclea activamente en su máquina de escribir, mientras Morell abre la última de sus cartas de la mañana y se entera de su contenido con un gemido cómico de desesperación.

PROS. ¿Qué? ¿Otra conferencia?

MOR. El grupo libertario de Hoxton, que me ruega les hable el próximo domingo por la mañana. *(Acentúa mucho la palabra "domingo" como si en ella residiese la parte absurda del asunto.)* ¿Qué gente es ésa?

PROS. Anarquistas comunistas, supongo.

MOR. Anarquistas deben ser, cuando no saben que no es posible contar con un párroco los domingos. Escríbales que vengan a la iglesia si me quieren oír; eso irán ganando. Y dígales que sólo tengo libres los lunes y los jueves. ¿Tiene usted ahí la agenda?

PROS. *(Tomándola de encima de la mesa.)* Aquí está.

MOR. ¿Tengo alguna conferencia para el lunes próximo?

PROS *(Hojeando la agenda.)* Sí, en el Círculo Radical de Croydon.

MOR. ¿Y el jueves?

PROS. Comprometido con la Liga Agrícola Inglesa.

MOR. ¿Y los siguientes?

PROS. Lunes, Gremio de San Mateo; jueves, Partido Laborista Independiente, rama de Greenwich. Lunes siguiente, Federación Social Democrática de Mill End; jueves, primera clase de confirmación... *(Impaciente.)* Mire usted, lo mejor será decirles que no puede usted ir. ¡Si, en resumidas cuentas, no son más que media docena de horteras ignorantes y presumidos, más pobres que las ratas!

MOR. *(Sonriendo.)* ¿Pero no sabe usted, señorita, que son parientes míos muy cercanos?

PROS. *(Mirándole, asombrada)* ¡Parientes suyos!

MOR. Sí, hijos del mismo padre... que está en los cielos.

PROS *(Aliviada.)* ¡Ah, si no es más que eso!...

MOR. *(Con una tristeza que es un lujo para un hombre cuya voz sabe expresarla tan bellamente.)* ¡Ah, usted no lo cree! Todo el mundo lo dice... pero nadie lo cree... nadie. *(Volviendo bruscamente al grano.)* Pero, vamos a ver, señorita, ¿no podría usted encontrar un día para esos horteras? El veinticinco, por ejemplo, me parece que antes de ayer estaba libre todavía.

PROS. *(Consultando el diario.)* Comprometido... la Sociedad Fabiana.

MOR ¡Caramba con la Sociedad Fabiana!... ¿Y el veintiocho?...

PROS Invitado al banquete de las Compañías asociadas de Fundiciones.

MOR. Pues ya está todo arreglado; en vez del banquete, daré esa conferencia al grupo Libertario de Hoxton. *(Miss Garnett apunta en silencio el compromiso, con una expresión de implacable desprecio hacia los anarquistas de Hoxton. Morell arranca la faja de un número del periódico "El Reformador de la Iglesia", que ha traído el correo, y ojea rápidamente el artículo de fondo de Mr. Stewart Headlam y las noticias relativas a la Asociación de San Mateo. La escena se anima con la aparición del coadjutor de Morell, el Reverendo Alejandro Mill, mozo sacado por Morell del más próximo establecimiento universitario, adonde había venido de Oxford con el solo objeto de que los barrios pobres de Londres pudieran aprovechar los beneficios de su educación universitaria. Es un tanto presuntuoso, pero de buenas intenciones y entusiasta, aunque de poca experiencia. Realmente, no hay en él nada de positivamente desagradable, como no sea su costumbre de hablar con los labios cuidadosamente cerrados y de pronunciar mal y estropajosamente una porción de sílabas, como si éste fuera el medio más adecuado para trasplantar la ilustración de Oxford al humilde rincón de Hackney. Morell,*

a quien tiene conquistado por su fidelidad canina, levanta con indulgencia la vista y dice:) ¿Qué tal, Alejandro? Como de costumbre, se le han pegado las sábanas, ¿eh?

MILL. Así es. ¡Lo que yo daría por poderme levantar temprano!

MOR. *(Con la satisfacción de su propia energía.)* Sí, ¿eh? *(Sentencioso.)* Pues velad y orad, Alejandro; velad y orad; ya sabe usted el precepto.

MILL. Sí... *(Aprovechando la ocasión para decir una agudeza.)* Pero ¿cómo velar y orar cuando está uno dormido? ¿No es cierto, señorita Proserpina?

PROS. *(Secamente.)* Señorita Garnett, si le es a usted lo mismo...

MILL. Usted perdone, señorita Garnett.

PROS. Le advierto que hoy tiene usted mucho trabajo.

MILL. ¿Por qué?

PROS. No le importe el porqué. Siquiera una vez, gánese el pan de cada día antes de comérselo... como hago yo. Vamos, no holgazanee usted, Hace ya media hora que debería usted estar cumpliendo con sus obligaciones.

MILL. *(Perplejo.)* Pero... ¿está usted hablando en serio, Morell?

MOR. *(De muy buen humor.)* Ya lo creo. Hoy soy yo el que va a holgazanear.

MILL. ¡Usted! Usted no sabe siquiera cómo se hace eso.

MOR. Conque no, ¿eh? ¡Ya lo veremos! Por lo pronto, voy a tener por mío todo el día... o, por lo menos, toda la mañana. Mi mujer llegará dentro de un rato, en el tren de las once y cuarenta y cinco.

MILL. *(Extrañado.)* ¿Cómo? ¿Regresa ya con los niños? Yo creí que estarían fuera hasta fin de mes.

MOR. Y así será. Ahora viene sólo por dos días, con el objeto de comprar alguna ropa interior para

Jaimito, y de ver cómo nos las arreglamos aquí sin ella.

MILL. *(Angustiado.)* Pero, mi querido Morell, si lo que han tenido Jaimito y Felisa fué escarlatina, ¿cree usted prudente...?

MOR. ¡Qué escarlatina! Fué una simple erupción, que yo mismo traje a casa, de la escuela de Pycroft. Un párroco es como un médico, amigo mío: tiene que arrostrar el contagio lo mismo que el soldado arrostra las balas. *(Se levanta y da a Mill unos golpecitos en la espalda.)* Pesque usted el sarampión, si puede; ella le cuidará y verá usted qué bien lo pasa. ¡Ya verá!

MILL. *(Sonriendo, cohibido.)* Es tan difícil entenderle a usted cuando habla de su señora...

MOR. *(Con ternura.)* ¡Ah!, hijo mío, cásese usted, cásese con una mujer buena, y entonces me comprenderá. Es como un goce anticipado de lo que hay de mejor en ese Reino de los Cielos que tratamos de establecer sobre la tierra. Eso le curaría a usted radicalmente de toda pereza. Un hombre de bien siente que por cada hora de dicha debe pagar al cielo con un trabajo asiduo y abnegado que contribuya a la felicidad de los demás. Del mismo modo que no tenemos derecho a consumir riqueza sin producirla, tampoco lo tenemos a consumir felicidad sin producirla. Tenga usted una mujer como mi Cándida y comprenderá que, por mucho que haga, siempre andará atrasado en sus pagos. *(Afectuosamente, le da unas palmaditas en la espalda y se dispone a salir, cuando Mill le llama.)*

MILL. ¡Un momento! Se me olvidaba ya el decirle... *(Morell se para, volviéndose hacia él con la mano sobre el picaporte.)* Su padre político va a venir a verle. *(Morell vuelve a cerrar la puerta, con un gesto que indica su cambio brusco de humor.)*

MOR. *(Desagradablemente sorprendido.)* ¡Que va a venir a verme!

MILL. Sí; me encontré al señor Burgess en el parque, discutiendo con no sé quién. Me saludó y me rogó le dijese a usted que iba a venir.

MOR. *(Medio incrédulo.)* Pero si hace años que no ha puesto los pies aquí. ¿Está usted seguro, Alejandro? ¿No es una broma?

MILL. *(Muy en serio.)* En absoluto. Créame.

MOR. *(Pensativo.)* ¡Demontre!... ¡Ya era hora de que viniese a recordar la cara de Cándida! *(Se resigna a lo inevitable y sale. Mill le sigue con mirada de cariño y respeto. Proserpina, no pudiendo sacudir como quisiera a Alejandro, descarga sus sentimientos sobre la máquina de escribir.)*

MILL. ¡Qué hombre! ¡Qué corazón y qué alma tan grande! *(Ocupa el sitio de Morell, repantigándose en el sillón y encendiendo un pitillo.)*

PROS. *(Impaciente, sacando de la máquina la carta que ha estado escribiendo y doblándola.)* ¡Bah, como si un hombre no pudiera querer a su mujer sin hacer el tonto!

MILL. *(Con acento de reproche.)* ¡Pero... señorita Proserpina!

PROS. *(Levantándose para sacar un sobre de la papelera, en el que mete la carta.)* ¡Cándida aquí, Cándida allá, Cándida por todas partes! *(Mojando con la lengua el engomado del sobre.)* ¡Es para volverla a una loca! *(Pasando el pulgar sobre el sobre, para cerrarlo.)* ... Ver idolatrada de ese modo a una mujer que al fin y al cabo no tiene nada de particular. Porque, vamos a ver: fuera del pelo, que no está mal, y de un cuerpo pasadero, ¿qué es lo que tiene esa mujer?

MILL. *(Con una seriedad que es ya de por sí una censura.)* Yo la encuentro hermosísima, señorita Garnett... *(Cogiendo la fotografía de Cándida y examinándola pensativo, añade con mayor expresión aún.)* ¡Lo que se llama hermosísima! ¡Con unos ojos que...!

PROS. No veo qué tienen sus ojos que no tengan los

míos... *(Mill deja la fotografía sobre la mesa y la mira con severidad.)* ...y no por eso deja usted de considerarme como un ser vulgar y despreciable.

MILL. *(Levantándose majestuoso.)* ¡Dios me guarde de juzgar de ese modo a ninguna de sus criaturas! *(Se aleja de ella, muy tieso, acercándose a la librería.)*

PROS. *(Sarcástica.)* Muchas gracias. Es usted muy amable.

MILL. *(Entristecido por la perversión de ella.)* No sabía yo que le era tan antipática la señora de Morell.

PROS. *(Indignada.)* ¡Y no me lo es! ¡Como que es muy amable y muy buena, y la quiero con toda mi alma y puedo apreciar sus buenas cualidades mejor que ningún hombre! *(Mill menea melancólicamente la cabeza, se vuelve hacia la librería y busca un tomo por los estantes. Ella le sigue, cada vez más irritada.)* ¿Es que se figura usted que tengo celos de ella? ¡Ah, qué conocimiento tan profundo del corazón humano tiene usted, señor Mill! ¡Qué bien conoce usted las flaquezas femeninas!, ¿verdad? ¡Y qué hermosura el ser un hombre y poseer una inteligencia aguda y penetrante en vez de meras emociones como nosotras, y saber que si no compartimos las ilusiones amorosas de ellos es porque todas estamos celosas las unas de las otras! *(Se aparta de él, encogiéndose de hombros y va hacia la lumbre, para calentarse las manos.)*

MILL. ¡Ah!, si ustedes las mujeres comprendiesen la fuerza del hombre lo mismo que comprenden su debilidad, no habría cuestión feminista.

PROS. *(Por encima del hombro, inclinándose hacia la llama.)* ¿En dónde ha oído usted a Morell decir eso? Porque, a mí no me venga: de usted no es.

MILL. Exacto. Y no crea usted que me avergüenza deberla ésta, como otras tantas verdades espirituales que también le debo. Lo dijo en la con-

ferencia anual de la Federación Liberal de Mujeres. Y séame permitido el añadir que aunque ellas parecieron no apreciarlo, yo, un simple hombre, lo encontré de perlas. *(Se vuelve otra vez hacia la librería, creyendo que ha dejado aplastada a Proserpina.)*

PROS. *(Arreglándose el pelo ante el espejito incrustado en el frente de la chimenea.)* Perfectamente; pero, cuando hable usted conmigo, trate de expresar sus propias ideas, buenas o malas, y no las de Morell. Nunca está usted tan mal como cuando trata de imitarle.

MILL. *(Ofendido.)* Trato de seguir su ejemplo, no de imitarle.

PROS. *(Acercándose otra vez a él.)* Pues lo imita usted. ¿Por qué, si no, coloca usted el paraguas bajo el brazo izquierdo, en vez de llevarlo en la mano como todo el mundo? ¿Por qué anda usted de prisa, con la barbilla saliente y los ojos relampagueantes de energía, usted que no se levanta ningún día antes de las nueve y media? ¿Por qué se esfuerza usted en pronunciar las palabras con tanta claridad en la iglesia, cuando lo hace tan desastrosamente en la vida privada? Pues, ¿qué? ¿Se figura usted que no se le conoce? *(Volviendo a la máquina.)* Bueno, póngase usted a trabajar, que bastante tiempo hemos perdido ya con tanta palabrería. Aquí tiene usted una nota de todo lo que hay que hacer. *(Le entrega un memorándum.)*

MILL. *(Profundamente ofendido.)* Gracias. *(Mill toma el papel y queda en pie junto a la mesa, de espaldas a Proserpina, leyéndolo. Ella empieza a transcribir sus notas en la máquina sin preocuparse lo más mínimo de los sentimientos de Mill. Entra Burgess, sin anunciarse. Es un hombre de sesenta años, ordinariote y sórdido a consecuencia del obligado egoísmo del comerciante modesto, e hinchado por el inmoderado comercio y el orgullo que le inspiran sus éxitos mercantiles. Es un hombre vulgar, ignorante,*

borracho, ofensivo y desdeñoso con las personas de posición humilde; respetuoso con los ricos y pudientes, pero sincero y sin rencor ni envidia en ambas actitudes. Encontrándole sin talento, el mundo no le ha ofrecido ningún trabajo decorosamente remunerado, fuera de ciertos trabajos innobles; e involuntariamente ha venido a ser lo que es. Pero él no sospecha su propia índole y sinceramente considera su prosperidad comercial como el triunfo inevitable y socialmente beneficioso de la habilidad, laboriosidad, listeza y experiencia de un hombre que, en la vida privada, es amable, cariñoso, jovial e indulgente con los defectos ajenos. En cuanto a su físico, es un hombre bajo y rechoncho, con una nariz chata en medio de una cara llana y cuadrada, unas barbas cenicientas, cuyo color se hace más gris por el centro, y unos ojitos acuosamente azules, de expresión lastimeramente sentimental, que se traslada fácilmente a su voz por la costumbre que tiene de dar a sus palabras una entonación pomposa.)

BURG. *(Parándose en la puerta y mirando a su alrededor.)* Me dijeron que el Reverendo Morell estaba aquí.

PROS. *(Levantándose.)* Está arriba. Le puedo avisar si usted quiere.

BURG. *(Mirándola groseramente.)* ¿No es usted la misma mecanógrafa de antes?

PROS. No.

BURG., Es verdad. Aquélla era más joven. *(Proserpina le mira con indignación, y sale luego con gran dignidad. El no hace caso, y avanzando hacia la chimenea, se planta de espaldas a la lumbre, con las piernas muy separadas.)* ¿Qué? Muchos ánimos de trabajar, ¿eh?

MILL. *(Doblando su papel y guardándolo en el bolsillo.)* Sí, tengo que salir en seguida.

BURG. *(Con aire de importancia.)* Por mí no se detenga, ¿sabe? Yo vengo a tratar con Morell de un asunto particular que a nadie importa.

MILL. *(Sulfurado.)* No tengo la menor intención de meterme en los asuntos de nadie; esté usted tranquilo. Conque buenos días.

BURG. *(En tono protector.)* Usted lo pase bien. *(Morell vuelve, en el momento en que Mill va a llegar a la puerta.)*

MOR. *(A Mill.)* ¿Qué? ¿Se va usted ya?

MILL. Sí, señor.

MOR. *(Dándole cariñosamente golpecitos en el hombro.)* No se vaya usted a enfriar. Coja mi pañuelo de seda y abríguese el cuello, que sopla un viento helado. Y no se canse demasiado. *(Mill, más que consolado de la grosería de Burgess, se pone radiante y sale.)*

BURG. Mimando a sus coadjutores, como de costumbre, ¿eh? Buenos días, Jaime. Cuando se paga a un hombre, cuyo pan depende de uno, no se le trata con tantos miramientos.

MOR. *(En tono seco.)* Yo siempre he tratado a mis coadjutores con los miramientos que merece un colaborador y un compañero. Y si logra usted que sus dependientes y empleados trabajen tanto como mis coadjutores, pronto se hará usted rico. ¿Quiere usted ocupar su antiguo sillón? *(Con aire de autoridad le indica el sillón al lado de la chimenea; luego, toma una silla de junto a la mesa y se sienta a cierta distancia de Burgess, como para no permitirle ciertas familiaridades.)*

BURG. *(Sin moverse.)* Es usted el de siempre, Jaime.

MOR. Cuando me visitó usted la última vez, hará unos tres años si no me equivoco, dijo usted lo mismo, pero un poco más francamente. Sus palabras textuales fueron: "Veo que es usted el tonto de siempre, Jaime."

BURG. *(Suavizándose.)* Sí, es muy posible que lo dijera; pero *(Con jovialidad conciliadora.)* no estaba en mi ánimo el ofenderle. Un clérigo tiene derecho a ser un poco tonto, ¿sabe usted? Es más, hasta está bien mirado en su profesión. De todos modos, si he venido no ha sido para

reñir de nuevo, sino para decirle que lo pasado, pasado. *(Poniéndose de repente muy solemne y acercándose a Morell.)* Jaime, hace tres años me hizo usted una gorda. Me quitó usted una contrata de importancia, y cuando, en mi despecho natural, se lo dije con las palabras que hacían al caso, hizo usted que mi hija se volviera contra mí. Pues bien, he venido para obrar como corresponde a un buen cristiano. *(Ofreciéndole la mano.)* Le perdono, Jaime.

MOR. *(Levantándose de un salto.)* ¡Habrá descaro!

BURG. *(Retrocediendo y lamentándose quejumbrosamente de semejante tratamiento.)* ¿Es ese un lenguaje propio de un sacerdote, y sobre todo de usted, Jaime?

MOR. *(Acalorado.)* No, señor; no es un lenguaje adecuado. Lo reconozco. Habría debido decir: ¡Al diablo con su poca vergüenza! Que es lo que San Pedro y cualquier sacerdote honrado le habrían contestado. ¿Cree usted que se me han olvidado los precios que puso usted al tomar parte en el concurso para proveer de ropas al Hospicio?

BURG. *(En un paroxismo de espíritu cívico.)* Obré en interés de los contribuyentes, Jaime. Fué la oferta más baja, eso no me lo podrá usted negar.

MOR. Sí, más baja porque pagó usted jornales más bajos que ningún otro fabricante; jornales para matar de hambre a las pobres mujeres que cosían la ropa. Jornales capaces de precipitarlas a la calle a vender su cuerpo y su alma al diablo. *(Enfadándose cada vez más.)* Esas mujeres eran feligresas mías. Todos acabaron avergonzándose de la oferta de usted: la Junta que aceptó y los contribuyentes que la permitieron; todos, menos usted. *(Con más violencia aún.)* ¿Y se atreve usted a venir ahora aquí a perdonarme y a hablarme de su hija y...?

BURG. Calma, Jaime, calma. No se sulfure por tan po-

co. Ya empecé por reconocer que no tenía razón.

MOR. *(Furioso.)* Pues hasta ahora no lo había reconocido.

BURG. Porque hasta ahora no me di cuenta. Vamos, hasta le pido perdón por la carta que le escribí. ¿Qué, no le basta a usted?

MOR. No es eso lo que importa. ¿Ha subido usted los jornales?

BURG. *(Triunfante.)* Sí.

MOR. *(Atónito.)* ¿Es posible?

BURG. *(Compungidamente.)* Me he hecho un patrono modelo. Ya no empleo mujeres; a todas las he despedido, y el trabajo se hace a máquina. Ninguno de mis obreros gana menos de seis peniques por hora, y los mejores cobran los jornales fijados por el Sindicato. *(Con orgullo.)* ¡A ver qué tiene usted que decirme ahora!

MOR. *(Estupefacto.)* ¡Será posible! En fin, más alegría habrá en el cielo por un pecador arrepentido que por cien justos. *(Yendo hacia Burgess en una explosión de cordialidad conciliadora.)* Mi querido Burgess: sinceramente le pido perdón por haber pensado tan mal de usted. *(Cogiéndole la mano.)* Y ahora, confiéselo: ¿no se siente usted mejor por el cambio? Vamos, confiese que es usted más feliz ahora. Se le conoce en la cara.

BURG. *(Triste.)* Puede, puede... Así será cuando usted lo nota. De todos modos, esta vez he conseguido que la Junta Municipal aceptara mi oferta. *(Con rabia.)* Eso sí, no quisieron tratar conmigo hasta que subiera los jornales... ¡Valientes animales!

MOR. *(Retirando su mano, completamente desilusionado.)* ¡De modo que por eso subió usted los jornales! *(Se sienta mohino.)*

BURG. *(Severo, con tono cada vez más agresivo.)* Pues, ¿por qué, si no, iba a hacerlo? ¡De qué les sirve a los obreros los jornales altos si no es para emborracharse y juerguearse! *(Se*

sienta con aire magistral en el sillón.) Eso está muy bien para usted, Jaime. Así hablan los periódicos de usted y le hacen célebre. Pero usted no piensa en el daño que hace al llenar los bolsillos de los obreros con un dinero que no saben en qué gastar y privando de él, en cambio, a personas que saben emplearlo como es debido.

MOR. *(Con un suspiro profundo y hablando con fría cortesía.)* Bueno, ¿qué le trae a usted? No creo que haya venido por un simple sentimiento de familia.

BURG. *(Obstinado.)* Pues, sin embargo, no vine por otra cosa.

MOR. *(Con calma imperturbable.)* No lo creo.

BURG. *(Levantándose amenazador.)* No me diga usted eso otra vez, caballero.

MOR. *(Impertérrito.)* Se lo diré tantas veces como sea preciso. No lo creo.

BURG. *(Hundiéndose en un abismo de sentimiento herido.)* Hombre, si se pone usted así, lo mejor será que me vaya. *(Se dirige, muy a su pesar, hacia la puerta. Morell continúa impasible. Burgess titubea.)* No creía, Jaime, que fuese usted tan rencoroso. *(Como Morell todavía no contesta, avanza unos pasos más hacia la puerta; pero, antes de salir, se vuelve hacia Morell, muy quejumbroso.)* Parece mentira. Antes, a pesar de nuestros caracteres tan diferentes, nos llevábamos bien. ¿Qué es lo que le ha hecho a usted cambiar de esa manera? Le juro a usted que sólo por pura amistad he venido, no pareciéndome bien estar regañado con mi hijo político. Vamos, Jaime, sea usted un buen cristiano y démonos la mano. *(Poniendo sentimentalmente la mano en el hombro de Morell.)*

MOR. *(Mirándole, pensativo.)* Mire usted, Burgess: ¿quiere usted que seamos amigos como antes de lo de la contrata?

BURG. Natural...; como que es lo que le estoy diciendo.

MOR. Entonces, ¿por qué no se conduce usted como antes?

BURG. *(Retirando, cauteloso, la mano.)* ¿Qué quiere usted decir con eso?

MOR. Pues le diré. Entonces usted creía que yo era un pobre mentecato...

BURG. *(Protestando.)* Eso sí que no; lo niego... Yo... *(Cortándole la palabra.)* Repito que ésa era su opinión. Como yo, por mi parte, creía que era usted un viejo granuja.

BURG. *(Protestando de nuevo con más vehemencia aún.)* No, no, ésa no era su opinión. Es usted injusto consigo mismo.

MOR. Pues yo le digo que sí. Y que ello no impedía que nos llevásemos perfectamente. Dios le hizo a usted lo que yo llamo un granuja, como me hizo a mí lo que usted llama un mentecato. *(El efecto de esta observación sobre Burgess es el de conmover la piedra angular de su arco moral. Flaquea físicamente y, con los ojos fijos en Morell, no sabe qué hacerse, y extiende la mano para conservar el equilibrio, como si el suelo, debajo de sus pies, se moviese de pronto. Morell prosigue, en el mismo tono de tranquila convicción.)* En ninguno de los dos casos me tocaba a mí discutir su obra. Mientras vino usted aquí honradamente como un granuja sincero, convencido, sin rebozo, tratando de justificar sus granujerías y orgulloso de ellas, fué usted bien recibido. Pero ahora *(El tono de Morell se torna formidable. Se levanta, y para dar mayor fuerza a sus palabras, golpea con el puño el respaldo de la silla.)* ...que viene usted haciéndose el contrito, a decirme que es otro hombre y un patrono modelo, no siendo, como es, más que un renegado, que ha cambiado de casaca con el solo objeto de pescar una contrata, siento decirle que me niego, terminantemente, a recibirle. *(Dirigiéndose hacia la chimenea, tomando ante ella una postura cómoda y dominadora, de espaldas a la lumbre.)*

No, yo quiero que los hombres sean sinceros consigo mismos, aun dentro de la maldad. De manera que, o toma usted su sombrero y sale de aquí, o se sienta usted y me da una buena razón de granuja explicándome para qué desea hacerse otra vez mi amigo. *(Burgess, cuyas emociones se han ido reflejando en su rostro, se siente aliviado por esta proposición concreta. Reflexiona un momento y luego, lenta y muy humildemente, se sienta en la silla que Morell acaba de dejar.)* Así. Ahora, desembuche.

BURG. *(Riéndose, aun a pesar suyo.)* ¡Cuidado, Jaime, que es usted un bicho raro! *(Casi con entusiasmo.)* Pero, la verdad es que no puede uno dejar de quererle; sin contar, como dije antes, que no es posible tomar en serio todo lo que dice un sacerdote, pues, en ese caso, no habría medio de vivir. *(Se prepara para un discurso más grave, y volviendo los ojos hacia Morell, prosigue con melancólica seriedad.)* Pues bien, no se ofenderá usted, ya que desea que seamos francos el uno con el otro, si le confieso que, realmente, le he tenido por un poco tonto; aunque empiezo a creer que tal vez me haya equivocado por no estar, como quien dice, al día...

MOR. *(Triunfante.)* ¡Ah!, por fin cae usted en la cuenta.

BURG. Sí, los tiempos han cambiado más de lo que yo me figuraba. Hace cinco años ningún hombre de sentido común habría podido compartir sus ideas. A mí, hasta me chocaba que le permitieran a usted predicar. Porque yo he conocido a un clérigo a quien el obispo de Londres le impidió decir misa una porción de años, y eso que el infeliz no era más religioso que usted. Pero hoy día, si alguien quisiera apostar conmigo mil libras a que usted habría de acabar de obispo, no sería yo el que apostara en contra. *(Muy insinuante.)* Usted y los suyos van ganando cada día más influencia; y ya estoy viendo que tendrán que darle a usted algo, aunque no sea

más que para taparle la boca. Después de todo, Jaime, resulta que usted entiende la cosa y que el camino que viene usted siguiendo es el mejor para llegar a medrar.

MOR. *(Dándole la mano con decisión.)* Venga esa mano, Burgess. Ahora habla usted sinceramente. No creo que me hagan obispo, pero si sucede, le prometo ponerle en relación con los especuladores más fuertes que vengan a mis comidas.

BURG. *(Levantándose, con una sonrisa maliciosa, y tomando la mano de Morell.)* Y no perderá usted nada con ello, créame, Jaime. Pero, viniendo a lo nuestro: quedamos en que ya hemos hecho las paces, ¿no es eso?

VOZ. *(De mujer.)* Di que sí, Jaime. *(Sobresaltados, se vuelven vivamente y ven a Cándida que acaba de entrar y los está mirando con una indulgencia jovial y maternal, que es su expresión característica. Es una mujer de treinta y tres años, bien formada y bien nutrida, en la que se adivina, para más tarde, una jamona muy presentable, pero que, por ahora, se halla en el apogeo de su hermosura, con el doble encanto de la juventud y de la maternidad. Su manera de ser es la de una mujer que sabe que puede siempre manejar a las personas, ganando su cariño, y que así obra, franca e instintivamente, sin el menor escrúpulo. En esto se parece a toda mujer hermosa que es lo bastante lista para sacar de la atracción sexual que ejerce el mayor provecho posible para sus fines trivialmente egoístas; pero la frente serena de Cándida, sus ojos animosos, su boca y barbilla bien formadas, indican amplitud de espíritu y dignidad de carácter que ennoblecen su habilidad en ganarse las voluntades. Un observador sagaz, al mirarla, echaría de ver desde luego que quien colocara encima de la chimenea la imagen de la Virgen de la Asunción lo hizo porque imaginó cierto parecido espiritual entre*

ellas, y seguramente no se le ocurriría pensar ni un momento que ella o su marido hubiesen podido tener semejante idea, ni ser especialmente aficionados al arte de Tiziano. En este momento viste sombrero y abrigo y lleva en las manos un portamantas con el paraguas metido dentro, un saco de mano y un fajo de periódicos ilustrados.)

MOR. *(Molesto por su propia negligencia.)* Cándida... ¿Cómo es eso? *(Mirando el reloj y viendo con terror que se le pasó la hora, se precipita hacia ella y coge la manta, sin cesar de expresar su remordimiento.)* No tenía otro pensamiento que ir a recibirte a la estación y ¡se me pasa la hora! *(Tirando la manta sobre el sofá.)* Pero te aseguro que la culpa no ha sido mía. *(Volviendo hacia ella.)* ¡Amor mío! *(Abrazándola con emoción contrita.)*

BURG. *(Un poco avergonzado y dudando del recibimiento.)* ¿Cómo estás, Cándida? *(Ella, todavía en brazos de Morell, le ofrece la mejilla, que él besa.)* Jaime y yo hemos hecho las paces, ¿sabes? Unas paces honrosas. ¿No es verdad, Jaime?

MOR. *(Impetuosamente.)* Déjeme usted en paz. Por usted no fuí a recibir a Cándida. *(Con apasionado fervor.)* Pobrecita mía, ¿cómo te las arreglaste con el equipaje? ¿Cómo...?

CANDI. *(Interrumpiéndole y desasiéndose.)* ¡Vamos, vamos! ¿Tan inútil me crees? Además, no estaba sola. Eugenio ha estado allí con nosotros y hemos venido juntos.

MOR. *(Con satisfacción.)* ¡Eugenio!

CANDI. Sí; ahora está luchando con mi equipaje el infeliz. Anda, haz el favor de bajar a escape, o se empeñará en pagar el coche; cosa que no me hace ninguna gracia. *(Morell se precipita fuera. Cándida pone en la mesa su saco de mano; luego, se quita el abrigo y el sombrero y los coloca en el sofá con el portamantas, ha-*

blando mientras tanto.) ¿Qué tal, papá? ¿Qué hay por casa?

BURG. Pues nada, hija. Desde que te fuiste, todo anda manga por hombro. Me gustaría que vinieses y le dieras un buen meneo a la muchacha. Pero, oye: ¿quién es ese Eugenio que vino contigo?

CANDI. ¿Eugenio? ¡Ah!, es uno de los descubrimientos de Jaime. Lo encontró durmiendo en el muelle el mes de junio pasado. ¿No te has fijado en nuestro nuevo cuadro? *(Mostrando la Asunción.)* El nos lo regaló.

BURG. *(Incrédulo.)* Vamos, hija, ¿querrás hacerle creer a tu padre que un vagabundo que duerme en los muelles puede regalar cuadros como ése? *(Severo.)* No trates de engañarme, Cándida.

CANDI. Pero si Eugenio no es un vagabundo.

BURG. Entonces, ¿qué es? *(Sarcástico.)* ¿Un duque acaso?

CANDI. *(Riendo.)* Un duque, precisamente, no; pero su tío es conde, un conde real y verdadero y par del reino; lo que se dice de la grandeza.

BURG. *(No atreviéndose a creer tan fausta nueva.)* ¡Que no!

CANDI. ¡Que sí! Llevaba en el bolsillo una letra de 55 libras a siete días vista cuando Jaime lo encontró en el muelle. Creía que no le darían nada por la letra hasta transcurridos los siete días, y era demasiado tímido para pedir prestado. ¡Si vieras qué muchacho tan excelente! Le queremos mucho.

BURG. *(Aparentando desprecio por la aristocracia, pero con los ojos encandilados.)* ¡Hum! Ya me figuré yo que el sobrino de un par no vendría por aquí a menos de ser un poco chiflado. *(Mirando otra vez a la pintura.)* Pero la verdad es que ese cuadro es una preciosidad, Cándida; en seguida vi que era lo que se llama una obra de arte. Preséntame a ese muchacho, Cándida. *(Consultando, inquieto, su reloj.)* Lo malo es que no podré estar más que unos minutos. *(Mo-*

rell vuelve con Eugenio, a quien Murgess contempla entusiasmado, con los ojos muy abiertos. Es un joven de diez y ocho años, extraño, tímido, espigado, afeminado, con una delicada voz infantil y una expresión fatigada y atormentada y un modo de ser torpe, que indica muchas veces la sensibilidad dolorosa producida en la juventud por una inteligencia precoz y aguda, antes de que el carácter haya llegado a su completo vigor. Lastimosamente irresoluto, no sabe dónde ponerse ni qué hacer. Le intimida Burgess y de buena gana se escaparía a la soledad si se atreviese; pero la misma vehemencia con que siente las situaciones más vulgares proviene de un exceso de nerviosidad, y si las aletas de su nariz, su boca y sus ojos revelan una voluntad caprichosa, apasionada y petulante, su frente, ya surcada por la piedad, produce un efecto tranquilizador. Es tan extraño en su aspecto, que casi no parece un ser terrenal. Las personas prosaicas ven algo malsano en esta cosa sobrenatural, del mismo modo que los poetas ven en ella algo angelical. Su traje es anárquico. Lleva una americana vieja, de sarga azul, sin abrochar, sobre una camisa de sport de lana, con un pañuelo de seda a guisa de corbata; pantalones que casan con la americana y zapatos de lona oscuros. En este atavío se ve que ha estado tendido sobre la hierba y que ha vadeado los arroyuelos, sin que se advierta la menor prueba de haberse cepillado. En cuanto se percata de la presencia de un extraño, se queda parado y se desliza a lo largo de las paredes hacia el lado opuesto de la habitación.)

MOR. *(Al entrar.)* Vamos, pase usted. Siempre podrá usted dedicarnos un cuarto de hora. Este señor es mi padre político, el señor Burgess... *(Volviéndose hacia Burgess y señalando a Eugenio.)* El señor Marchbanks.

EUGE. *(Retrocediendo nerviosamente hacia la librería.)* Mucho gusto, caballero.

BURG. *(Yendo hacia él con gran cordialidad, mientras Morell se reúne con Cándida delante de la chimenea.)* El gusto es mío, señor Marchbanks. *(Obligándole a darle la mano.)* Qué tiempecito está haciendo, ¿eh? Espero que usted no compartirá las ideas absurdas de Jaime, ¿eh?

EUGE. ¿Qué ideas absurdas? ¿Se refiere usted al socialismo? ¡Oh, no!

BURG. Eso está bien. *(Mirando nuevamente el reloj.)* ¡Caramba! Ahora sí que no tengo más remedio que marcharme. No sé si usted irá por el mismo camino que yo. En ese caso...

EUGE. ¿Hacia dónde va usted?

BURG. Hacia la estación de Victoria Park. A las doce y veinticinco sale un tren para Londres.

MOR. ¡Qué disparate! Supongo que Eugenio se quedará a almorzar con nosotros.

EUGE. *(Excusándose, angustiado.)* No... no, gracias... yo... yo...

BURG. Bueno, bueno, no he dicho nada. Seguramente le gustará más almorzar en compañía de Cándida. Pero espero que alguna noche me dará usted el gusto de comer conmigo en mi club, ¿eh?

EUGE. El gusto será mío.

CANDI. Mira que si no te vas en seguida, vas a perder el tren, papá.

BURG. Perfectamente. Ya me voy. Adiós, señor Marchbanks, y encantado de conocerle, ¿sabe? *(Le da otra vez la mano.)*

EUGE. *(Tomándola con un movimiento nervioso.)* Muchas gracias.

BURG. Adiós, Candidita, hasta luego, que me pasaré otra vez por aquí. Pasarlo bien, Jaime.

MOR. ¿De veras tiene usted que irse?

BURG. De veras. Pero no se moleste, que sé el camino. *(Sale, con inalterada campechanía.)*

MOR. ¡No faltaba más! Le acompañaré hasta la puerta. *(Sale detrás de Burgess. Eugenio los sigue*

tímidamente con la vista, no respirando hasta que Burgess ha desaparecido.)

CANDI. *(Riendo.)* ¿Qué tal, Eugenio? *(El se vuelve bruscamente y va hacia ella con decisión, pero se detiene en seco, irresoluto, al observar su aire de buen humor.)* ¿Qué le ha parecido a usted mi padre?

EUGE. Pues... apenas si he tenido tiempo de fijarme en él. Parece persona muy simpática.

CANDI. *(Con suave ironía.)* ¿Y qué, va usted a ir a comer con él en su club?

EUGE. *(Lastimero, creyendo que habla en serio.)* Iré... si a usted le parece.

CANDI. *(Conmovida.)* ¿Sabe usted, Eugenio, que, a pesar de todas sus rarezas, es usted un buen chico? Si se hubiese usted reído de mi padre, no me habría enfadado, pero, de todos modos, le agradezco a usted que no lo haya hecho.

EUGE. ¿Por qué me iba a haber reído? Noté que quizás decía algo en broma, pero me siento tan azorado con la gente que conozco poco, que nunca me hago cargo de los chistes. Crea usted que lo siento. *(Se sienta en el sofá, con los codos sobre las rodillas y las sienes entre los puños, con la expresión de un sufrimiento sin esperanza.)*

CANDI. *(Reprendiéndole bondadosamente.)* Vamos, vamos, mi niño grandullón, ¿qué le pasa? Esta mañana está usted peor que de costumbre. ¿Por qué estaba usted tan melancólico cuando veníamos en el coche?

EUGE. ¡Oh!, no era nada. Iba pensando en la propina que daría al cochero. Ya sé que es una tontería, pero no se puede usted imaginar lo tremendo que son para mí esas cosas; lo que me asusta el tener que habérmelas con la gente. *(Vivamente, ya tranquilizado.)* Pero ya pasó el trance. El cochero se puso resplandeciente y hasta se quitó el sombrero cuando Morell le dió dos chelines. Yo estuve a punto de darle diez.

(Cándida ríe cordialmente. Morell vuelve con algunas cartas y periódicos.)

CANDI. ¿Pero has visto, Jaime? Le iba a dar diez chelines al cochero por una carrera de tres minutos. ¡Figúrate!

MOR. *(Cerca de la mesa, ojeando las cartas.)* No haga usted caso, Eugenio. El instinto de pagar de más, es generoso; mejor que el de pagar de menos, y no tan corriente.

EUGE. *(Bruscamente.)* No; es cobardía, inepcia. Su señora tiene razón.

CANDI. ¡Y tanto que la tiene! *(Recogiendo su saco de mano.)* Ahora tengo que dejarles un momento. Supongo, Eugenio, que es usted demasiado poeta para poder imaginarse el estado en que una mujer encuentra su casa al cabo de tres semanas de ausencia. Haga el favor de darme el portamantas. *(Eugenio lo coge y se lo da. Ella lo toma con la izquierda, llevando el saco de mano en la derecha.)* Ahora, écheme el abrigo sobre el brazo. *(Mostrándole el brazo derecho; él obedece.)* Ahora el sombrero. *(El se lo da en la mano izquierda.)* Ahora abra usted la puerta. *(El se precipita a abrir la puerta.)* Muchas gracias. *(Sale. Eugenio cierra la puerta.)*

MOR. *(Leyendo cartas.)* Supongo que se quedará usted a almorzar.

EUGE. *(Tímidamente.)* No... me parece que... *(Mira bruscamente a Morell, pero al mismo tiempo levita su franca mirada, y añade, sin pizca de sinceridad.)* No me va a ser posible.

MOR. Vamos, diga usted que no quiere.

EUGE. *(Con toda seriedad.)* No; me quedaría con mucho gusto, pero... pero...

MOR. *(Gruñendo, deja las cartas y se le acerca.)* Pero... pero... pero. ¡Vaya usted a paseo! Si quiere usted quedarse se queda. ¿O es que me va usted a decir que tiene que hacer? Vamos, si es usted tan tímido, vaya a darse una vueltecita por el parque, haga usted versos hasta

la una y media, y entonces se viene usted a almorzar con nosotros sin cumplidos.

EUGE. Gracias. Con mucho gusto haría lo que usted dice, pero no debo. La verdad es que su señora me ha dicho que no lo haga. Dijo que no creía que usted me invitase a almorzar, pero que, en caso de hacerlo, no sería usted sincero. *(Lastimero.)* Dijo también que yo debía comprenderlo, pero, a decir verdad, no lo comprendo. De todas maneras, no le diga usted nada, se lo ruego.

MOR. *(Riendo.)* ¡Hombre, y eso es todo! Pero, ¿no cree usted que mi indicación de la vueltecita por el parque resolvería de plano la cuestión?

EUGE. ¿Cómo?

MOR. *(De buen humor.)* ¿Cómo? Vamos, no se haga usted el idiota... *(Pero esta expresión de confianza le asusta a él mismo y a Eugenio. Se reprime, y prosigue con seriedad cariñosa.)* Usted dispense, pero bromas aparte, mi querido Eugenio, en un matrimonio feliz como el nuestro hay algo muy sagrado en el regreso de una esposa al hogar. *(Eugenio le mira vivamente, adivinando a medias lo que va a decir.)* Lo que no quiere decir que un antiguo amigo o una persona verdaderamente noble y comprensiva estorbe en tales ocasiones como lo haría una visita cualquiera. *(Al oír esto, una expresión de terror se refleja en la cara de Eugenio. Morell, ocupado en sus propios pensamientos, prosigue, sin reparar en él.)* Cándida pensó sin duda que quizás preferiría yo que no estuviese usted; pero se equivocó. Yo le quiero y le aprecio a usted mucho, hijo mío, y por su propio bien quisiera que viese usted lo bueno que es el estar casado como yo.

EUGE. De modo que usted cree que su matrimonio es feliz. ¿Lo cree, realmente?

MOR. *(Resplandeciente.)* No es que lo crea; lo sé, hijo mío. La Rochefoucauld dijo que hay matrimonios tolerables, pero ninguno delicioso.

Pues bien, no sabe usted el gusto que da poder desmentir los embustes de aquel cínico. ¡Ja, ja! Pero basta, por ahora, de pláticas. ¡A dar esa vueltecita por el parque y a escribir esos versos! A la una y media en punto, no lo olvide. No se espera a nadie.

EUGE. *(Frenéticamente.)* No, espere usted; quiero decirlo todo de una vez; sea como sea.

MOR. *(Sorprendido.)* ¿Decir el qué?

EUGE. Tengo que hablarle. Tenemos algo que solventar entre los dos.

MOR. *(Mirando de reojo el reloj.)* ¿Ahora mismo?

EUGE. *(Apasionadamente.)* Sí, ahora mismo. Antes de que salga usted de esta habitación. *(Retrocediendo unos pocos pasos, como si quisiera impedir la salida a Morell.)*

MOR. *(Sin moverse, seriamente, comprendiendo que el asunto puede ser grave.)* Pero si no pienso salir, hijo mío. Yo creía que era usted el que iba a hacerlo. *(Eugenio, confuso por el tono severo de Morell, le vuelve la espalda y se retuerce de ira. Morell va hacia él y le pone la mano en el hombro, enérgica pero cariñosamente, sin hacer caso de su intento de desasirse.)* Vamos, siéntese tranquilamente y dígame de qué se trata. Y no olvide usted que somos amigos y no hay por qué temer, sea lo que sea lo que tengamos que decirnos; que ninguno de los dos pueda impacientarse ni ofenderse con el otro.

EUGE. *(Volviéndose hacia él.)* No, no vaya usted a creer que no sé lo que me digo... Lo que pasa es que... *(Cubriéndose, desesperadamente, la cara con las manos.)* ... que me doy horror a mí mismo. *(Luego, bajando las manos y mirando fieramente a Morell, prosigue con tono amenazador.)* Pero va usted a ver si es éste el momento de no impacientarse ni ofenderse... *(Morell, firme como una roca, le mira con indulgencia.)* ¡No me mire usted con tanta confianza en sí mismo! Se figura usted que es más fuerte que yo, pero, si es que late un corazón

en ese pecho, tengo la seguridad de que sabré conmoverlo.

MOR. *(Confiado.)* Conmuévame, hijo mío. No pido otra cosa. Hable.

EUGE. Para empezar...

MOR ¿Para empezar?...

EUGE. ¡Que quiero a su mujer! *(Morell retrocede y, después de mirar con extrañeza a Eugenio, rompe a reír estrepitosamente. Eugenio se queda inmóvil, pero no desconcertado, y casi inmediatamente se revuelve indignado y despectivo.)*

MOR. *(Sentándose para acabar de reír.)* Pero, hijo mío, eso es natural. Todo el mundo la quiere; no hay más remedio. Y no seré yo quien lo encuentre mal. Pero... *(Mirándole significativamente.)* ... vamos a ver, Eugenio, ¿cree usted que su caso vale la pena de discutirse? Usted todavía no ha cumplido los veinte años. Cándida tiene ya más de treinta. ¿No le parece a usted que el caso es más bien de amor filial?

EUGE. *(Con vehemencia.)* ¡Y se atreve usted a hablar así de ella! ¿Cree usted que ella sólo puede inspirar esa clase de amor? Pero, ¿no comprende usted que eso es insultarla?

MOR. *(Levantándose bruscamente, con tono alterado.)* ¿A ella? ¡Cuidado, Eugenio, cuidado! He tenido paciencia, y espero seguir teniéndola; pero hay cosas que no puedo tolerar. No me obligue usted a demostrarle la indulgencia que se tiene con un niño. Sea usted hombre.

EUGE. ¡Dejémonos de una vez de todas esas paparruchas morales! ¡Horror me da el pensar en todas las que ha tenido que soportar la infeliz durante todos estos años de hastío que ha pasado sacrificándose al egoísmo y a la vanidad de usted!... De usted... que no tiene ni un solo pensamiento... ni una sola sensación de común con ella...

MOR. *(Filosóficamente.)* Pues no parece haberle probado tan mal. *(Mirándole de hito en hito.)* Eu-

genio, hijo mío, está usted poniéndose en ridículo, créame; se lo digo con la mejor intención.

EUGE. ¿Y se figura usted que no me doy cuenta? ¿Se figura usted que las cosas que hacen ponerse en ridículo a los hombres son menos reales y verdaderas que aquellas que los hacen conducirse razonablemente? *(Morell vacila primero, vuelve instintivamente la cara y se queda escuchando, encogido y pensativo.)* Al contrario, son más verdaderas, son las únicas verdaderas. Usted tiene calma y juicio y moderación para conmigo porque cree que hago el tonto, en lo que se refiere a su mujer; lo mismo que el viejo que estaba antes no se toma el trabajo de indignarse contra el socialismo de usted, porque cree que está usted haciendo el tonto con él. *(La perplejidad de Morell aumenta evidentemente. Eugenio aprovecha su ventaja, acosándole con preguntas.)* Pero, ¿prueba eso que está usted equivocado? Y, ¿prueba esa pretenciosa superioridad de usted que lo estoy yo?

MOR. *(Volviéndose hacia Eugenio, que no retrocede.)* Eugenio, algún demonio está inspirándole a usted esas palabras. Es fácil... terriblemente fácil, quebrantar la fe de un hombre en sí mismo. Aprovecharse de eso para destrozar el alma de un hombre es obra diabólica. Tenga usted cuidado con lo que está haciendo. ¡Tenga cuidado!

EUGE. *(Inexorable.)* Sé lo que hago. Y lo hago a propósito. Ya le dije a usted que le conmovería. *(Se miran mutuamente, amenazadores, por un momento. Pero Morell recobra su dignidad.)*

MOR. *(Con noble ternura.)* Eugenio, escúcheme. Algún día, lo espero y lo deseo, será usted un hombre feliz, como yo. *(Eugenio rechaza con impaciente ademán esta suposición. Morell, profundamente ofendido, se contiene con un esfuerzo, y prosigue, impertérrito, con gran belleza oratoria.)* Se casará usted y, entonces, tra-

bajará con todas sus fuerzas por hacer cada rincón de este mundo tan feliz como su propio hogar. Será usted uno de los hacedores del Reino de Dios sobre la tierra, y, ¿quién sabe?, tal vez sea usted constructor y arquitecto donde yo no soy más que un humilde jornalero. Pues no crea usted, Eugenio, que no veo en usted, a pesar de su juventud, la promesa de facultades más altas que aquellas a que yo puedo aspirar. Sé muy bien que en el poeta, precisamente, es donde el espíritu más gusta de anidar, haciéndole así más semejante a Dios. Debería usted estremecerse al pensarlo, al pensar que pueda usted ser un elegido de Dios, un poeta.

EUGE. *(Sin dejarse impresionar y luchando con juvenil falta de consideración contra la oratoria de Morell.)* Pues no me estremezco. Lo que me hace temblar es la falta de sentido poético en los demás.

MOR. *(Redoblando su fuerza oratoria bajo el estímulo de sus puros sentimientos y la obcecación de Eugenio.)* Entonces, ayude usted a fomentar ese sentido en ellos, en mí, no a extinguirlo. En el porvenir, cuando sea usted tan feliz como soy yo, seremos correligionarios. Yo le ayudaré a creer que Dios nos ha dado un mundo que sólo nuestra locura hace que no sea un paraíso. Le ayudaré a creer que cada rasgo de su pluma está sembrando venturas para la gran cosecha que algún día todos, hasta los más humildes, habrán de cosechar. Y por último, créame, le ayudaré a creer que su mujer le quiere y es feliz en su hogar. Todos necesitamos de esa ayuda, Eugenio, todos. ¡Hay tantas cosas para hacernos dudar, una vez perturbado nuestro corazón! Aun en nuestro hogar estamos como en un campamento, rodeados por un ejército enemigo de dudas. ¿Es que quiere usted hacer el papel de traidor y dejar que lleguen hasta mí?

EUGE. *(Mirando a su alrededor.)* ¿Y es eso lo que ella tiene que oír aquí a todas horas? ¡Una mujer con un alma grande, anhelante de realidad, de libertad, de verdad, teniendo que contentarse con metáforas, sermones, peroraciones huecas, mera retórica! ¿Se figura usted que el alma de una mujer puede vivir exclusivamente de sus talentos de predicador?

MOR. *(Muy ofendido.)* Eugenio, cada vez hace usted más difícil mi cometido. Mi talento se parece al suyo, si es que vale algo. Es el don de encontrar palabras para expresar verdades divinas.

EUGE. *(Impetuosamente.)* Es el don de mover la boca, ni más ni menos. Su habilidad de ensartar palabras, ¿qué tiene que ver con la verdad? ¡Lo mismo que tocar el órgano, si vamos a ver! Nunca he puesto los pies en su iglesia, pero he asistido a sus asambleas políticas, y he visto que sabía usted lo que se llama despertar el entusiasmo del público; es decir, que excitaba usted a la gente hasta que se conducían como si estuvieran borrachos. Las mujeres miraban a sus maridos y se daban cuenta cabal de su insensatez. ¡Oh!, es una historia antigua que puede usted encontrar en la Biblia. Se me figura que el rey David, en sus arrebatos de entusiasmo, se parecía mucho a usted. *(Apuñalándole con las palabras.)* "Pero su mujer—rezan las Escrituras—, su mujer le despreciaba en su corazón."

MOR. *(Iracundo.)* ¡Fuera de aquí! ¿Me oye usted? *(Y se precipita, amenazador, hacia él.)*

EUGE. *(Retrocediendo hacia el sofá.)* ¡Déjeme, no me toque! *(Morell le agarra con fuerza por las solapas. Eugenio cae en el sofá y grita apasionadamente.)* ¡Deténgase usted, Morell! ¡Si me pega, me mataré! ¡Le juro que no lo soportaré! *(Casi demente.)* ¡Suélteme! ¡Retire usted esas manos!

MOR. *(Con desprecio sereno.)* Mocoso, deslenguado, y, por si fuera poco, cobarde. *(Le suelta.)* Már-

chese, antes de que el susto le haga desmayarse.

EUGE. *(En el sofá, jadeante, pero más tranquilo, desde el momento en que Morell le ha soltado.)* ¡No me asusta usted, sépalo! ¡Usted es el que se asusta de mí!

MOR. *(Serenamente, en pie, junto a él.)* Ya lo vemos.

EUGE. *(Con vehemencia petulante.)* Sí, señor. *(Morell se aparta con un ademán de desprecio. Eugenio le sigue ya en pie.)* Se figura usted que porque me repugna el ser tratado brutalmente; porque... *(Con lágrimas en la voz.)* no sé sino llorar de rabia cuando emplean la violencia conmigo; porque no puedo subir un baúl desde el pescante de un coche hasta aquí arriba, como usted... porque no puedo pegarme con usted por su mujer como un mozo de cuerda... todo eso le hace creer a usted que me asusta. ¡Pero está usted equivocado! Si no poseo lo que usted sin duda llamará el arrojo inglés, tampoco poseo la cobardía inglesa; no me asustan las ideas de un clérigo. Combatiré sus ideas, libraré a Cándida de la esclavitud en que la tienen, oponiéndole las mías. Y si, ahora, me echa usted de su casa, es porque no se atreve a dejarla escoger libremente entre las ideas de usted y las mías. ¡Si le da a usted miedo que yo la vuelva a ver! *(Morell, iracundo, se vuelve de repente hacia él. Eugenio, amedrentado, se precipita hacia la puerta.)* ¡No me toque usted, que ya me voy!

MOR. *(Con frío desprecio.)* Espere un momento; no pienso hacerle nada, no se asuste. Cuando mi mujer vuelva, querrá saber por qué se ha marchado usted. Y cuando se entere de que no ha de volver usted a pisar el umbral de esta casa, querrá que le explique la razón. Ahora bien, yo no quisiera apenarla, diciéndole que se ha conducido usted como un canalla.

EUGE. *(Volviendo hacia él con renovada vehemencia.)* Usted debe, usted no puede obrar de otra ma-

nera. Si dice usted otra cosa que la verdad, será usted un embustero y un cobarde. Dígale lo que yo dije y cuéntele cómo fué usted fuerte y varonil y me sacudió como un perro de presa sacude a una rata, y cómo me asusté y me desmayé, y cómo me llamó usted mocoso y deslenguado y me echó fuera de su casa. Si no lo hace usted, yo lo haré, se lo escribiré.

MOR. *(Sobrecogido y confuso.)* ¿Por qué desea usted que ella sepa todo eso?

EUGE. *(Con arrebato lírico.)* Porque ella me comprenderá y sabrá que la comprendo. Si le oculta usted una sola palabra de lo sucedido, si no está usted dispuesto a poner la verdad a sus pies, como yo, entonces sabrá usted, hasta el final de sus días, que ella me pertenece a mí, en realidad, y no a usted. Adiós. *(Disponiéndose a salir.)*

MOR. *(Terriblemente intranquilo.)* Deténgase usted; le aseguro que no pienso decirle nada a ella.

EUGE. *(Volviéndose desde la puerta.)* Si me voy, no tendrá usted más remedio que decirle algo, verdad o mentira.

MOR. *(Contemporizando.)* Hay casos, Eugenio, en que es disculpable el...

EUGE. *(Interrumpiéndole.)* Ya sé... el mentir... Pero será inútil. Adiós, señor clérigo. *(Al ir a salir, la puerta se abre y entra Cándida en traje de casa.)*

CANDI. ¿Se va usted, Eugenio? *(Mirándole con más atención.)* Pero, por Dios, ¿va usted a salir a la calle en ese estado? Usted no se ha mirado al espejo. No cabe duda que es usted un poeta. Mírale, Jaime. *(Cogiendo a Eugenio de la americana y empujándole hacia Morell.)* Mira cómo tiene puesto el cuello. ¡Pues, y esa corbata! ¡Y el pelo! Cualquiera diría que alguien ha querido estrangularle. *(Los dos hombres se guardan de revelar la verdad.)* Vamos, espere usted un momento. *(Le abrocha el cuello, le anuda la corbata y le alisa el pelo.)* Así. Ahora está us-

ted tan guapito, que lo mejor sería que se quedase a almorzar con nosotros. Dentro de media hora estará listo el almuerzo. *(Dando la última mano al nudo de la corbata. El le besa la mano.)* No sea usted tonto.

EUGE. No tengo inconveniente en quedarme... si es que su reverendo esposo no se opone.

CANDI. ¿Qué, le dejamos que se quede, Jaime? *(Eugenio vuelve la cabeza y mira por encima del hombro, fijamente, a Morell, como desafiándole.)*

MOR. *(Con tono seco.)* Sí, sí... no faltaba más; que se quede. *(Va hacia la mesa y hace como que lee unas cartas.)*

EUGE. *(Ofreciendo su brazo a Cándida.)* Perfectamente; vamos a poner la mesa. *(Ella acepta el brazo y salen juntos. Al salir, añade él.)* ¡Soy el más feliz de los mortales!

MOR. *(Solo.)* Como lo era yo... hace una hora.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

El mismo día. La misma habitación, al anochecer. La silla para las visitas ha sido colocada de nuevo junto a la mesa, más desordenada aún, si cabe, que antes. Eugenio, solo y aburrido, está tratando de descubrir el funcionamiento de la máquina de escribir. Al oír que alguien se acerca, deslízase sigilosamente hacia la ventana y hace como que está absorto en la vista del parque. Proserpina, con el cuaderno en que taquigrafía las cartas de Morell en la mano, se sienta ante la máquina, disponiéndose a sacar en limpio sus apuntes, demasiado ocupada para advertir la presencia de Eugenio. Desgraciadamente, la primera tecla que toca falla.

PROS. ¿Qué es esto? La máquina que no marcha. Usted ha estado andando en ella, señor Marchbanks. Es inútil que trate de disimularlo.

EUGE. *(Tímido.)* Lo siento, señorita Garnett. Pero no fué intencionadamente. Yo sólo traté de escribir en ella.

PROS. Pues ha estropeado usted las teclas.

EUGE. *(Con toda seriedad.)* Le aseguro que no he tocado ninguna tecla. Me contenté con dar vueltas a esa ruedecita.

PROS. ¡Ah!, ya veo, la rueda de tensión. *(Poniendo la máquina en su punto, mientras habla con volubilidad.)* Por lo visto, usted se figuró que era una especie de organillo y que no habia más que dar vuelta al manubrio para que saliese una carta de amor, ¿eh?

EUGE. *(Muy en serio.)* Pues no sé por qué no iba a haber una máquina que escribiese cartas de amor. ¿Es que no son todas iguales?

PROS. *(Un tanto indignada, ya que esta clase de discusiones, como no sea en broma, está fuera de su modo de ser.)* ¡Y yo qué sé! ¿Por qué me lo pregunta usted a mí?

EUGE. Usted perdone. Creí que las personas inteligentes, esto es, las personas que entienden de negocios y saben escribir cartas y cosas por el estilo, eran, también, muy entendidas en aventuras amorosas.

PROS. *(Levantándose, muy ofendida.)* ¡Señor Marchbanks! *(Le mira con severidad y se dirige, muy digna, hacia la librería.)*

EUGE. *(Acercándose humildemente.)* Espero que no la habré ofendido. Quizá no hubiera debido hacer alusión a sus aventuras amorosas.

PROS. *(Cogiendo un libro azul del estante y volviéndose iracunda hacia él.)* ¡Yo no tengo aventuras amorosas! ¿Cómo se atreve usted a hablarme así?

EUGE. *(Sencillamente.)* ¿De veras? ¡Ah! Entonces usted es tímida, como yo. ¿No es cierto?

PROS. El que usted lo sea no es una razón para que lo sea yo también. Y no comprendo lo que quiere usted decir.

EUGE. *(Confidencialmente.)* Por fuerza es usted tími-

da. La timidez es la causa de que haya tan pocos amoríos en el mundo. Todos vivimos anhelando el amor; el amor es la primera necesidad de nuestra naturaleza, el primer impulso de nuestro corazón; pero no nos atrevemos a expresar nuestros anhelos: somos demasiado tímidos. *(Muy en serio.)* ¡Ah, señorita Garnett, qué no daría usted por no tener miedo, por no tener vergüenza!...

PROS. *(Escandalizada.)* ¡Habráse visto!

EUGE. Sí, a mí no me venga usted con tonterías, que no me engañan. Y después de todo, ¿por qué iba usted a temer el mostrarse ante mis ojos tal como es en realidad? ¡Si yo soy lo mismo, exactamente, que usted!

PROS. ¿Lo mismo que yo? Oiga usted: ¿eso quiere ser un elogio para mí o para usted? Aunque puede que ni usted mismo lo sepa. *(Volviendo de nuevo a la máquina.)*

EUGE. ¡Ah! Voy en busca de amor, y lo encuentro almacenado en cantidades inmensas en el corazón de los demás. Pero cuando voy a pedir algo para mí, me ahoga esta horrible timidez, y me quedo mudo; o, peor que mudo, diciendo cosas sin sentido... tonterías y mentiras. Y veo el amor que ansío otorgado a los perros, a los gatos y a los pájaros simplemente porque ellos vienen y lo piden. *(Casi susurrando.)* Pues el amor hay que pedirlo; es como un espíritu que no puede hablar antes de que le hayan pedido que hable. *(Con tono natural, pero con profunda melancolía.)* Todo amor en el mundo está deseando hablar, pero no se atreve porque es tímido, tímido, tímido. Esa es la tragedia de la vida. *(Con un hondo suspiro, se sienta en la silla de las visitas y se cubre el rostro con las manos.)*

PROS. *(Sorprendida, pero conservando su dominio de sí misma.)* Los hombres... que no son como es debido, saben vencer esa timidez en ocasiones, ¿no le parece a usted?

EUGE. *(Levantándose bruscamente, con expresión arrebatada.)* Los hombres que no son como es debido, son los hombres que no aman, y, por tanto, no sienten la menor vergüenza. Tienen el valor de pedir amor precisamente porque no lo necesitan, y se atreven a ofrecerlo precisamente porque no tienen amor alguno que dar. *(Volviendo a caer en su silla, con tristeza.)* Pero nosotros, los que tenemos amor y anhelamos mezclarlo con el de otros, no somos capaces de proferir una palabra. *(Tímidamente.)* ¿No está usted conforme conmigo?

PROS. Mire usted, señor Marchbanks, si sigue usted hablando de ese modo me veré obligada a dejarle solo. Le aseguro que está usted diciendo inconveniencias. *(Volviendo a sentarse ante la máquina de escribir, abre el libro azul y se dispone a copiar un pasaje del mismo.)*

EUGE. *(Desesperado.)* Pues, en ese caso, todo lo que vale la pena de decirse debe ser una inconveniencia. *(Levantándose y paseando extraviadamente por la habitación.)* Realmente, por más que hago no puedo comprenderla, señorita ¿De qué quiere usted que hable?

PROS. *(Doctoralmente.)* Hable usted de cosas indiferentes; del tiempo, por ejemplo.

EUGE. ¿Podría usted estarse hablando de cosas indiferentes si hubiese aquí un niño llorando amargamente de hambre?

PROS. Supongo que no.

EUGE. Pues bien, yo tampoco puedo estar hablando de cosas indiferentes mientras mi corazón llora amargamente de hambre.

PROS. Pues cállese usted, y concluído.

EUGE. Sí, a eso es a lo que se viene siempre a parar. A que nos callemos. ¿Pero acalla esto el llanto de su corazón... porque llora, verdad? ¡Por fuerza llora, si es que tiene usted corazón!

PROS. *(Levantándose de repente y llevándose la mano al corazón.)* Mientras siga usted hablando de ese modo no hay manera de trabajar. *(Sentán-*

dose en el sofá, con sus sentimientos en pleno desorden.) A usted le debe tener sin cuidado que mi corazón llore o no; pero, ya que parece tener tanto empeño en saberlo, no tengo inconveniente en decírselo.

EUGE. No es preciso. Ya sabía yo que también lloraba.

PROS. Pero conste que si alguna vez dice usted que se lo he dicho, lo negaré.

EUGE. *(Compasivamente.)* Esté usted tranquila. La lástima es que no tenga usted el valor de decírselo a él.

PROS. *(Levantándose de un salto.)* ¿A él? ¿Y quién es él?

EUGE. El que sea. El hombre a quien usted quiere. ¿Acaso el coadiutor Alejandro Mill?

PROS. *(Con desdén.)* ¡El señor Mill! ¡Pues sí que es hombre para enamorar a una mujer! Para eso le preferiría a usted.

EUGE. *(Retrocediendo.)* ¿A mí? ¡Ah, no señora! Usted perdone, lo siento mucho... Pero yo...

PROS. *(Aparentando indiferencia, se dirige hacia la chimenea, y queda en pie ante ella de espaldas al fuego.)* ¡Oh!, no se asuste usted. No es usted la persona a quien quiero. Ni, en realidad, ninguna persona definida.

EUGE. Comprendo. Usted quiere decir que podría querer a cualquiera que le ofreciese...

PROS *(Exasperada.)* ¡Cualquiera que ofreciese!... No, señor: nada de eso. ¿Por quién me ha tomado usted?

EUGE. *(Con desaliento.)* Es inútil. No quiere usted contestar a nada de lo que le pregunto. Sólo me dice vulgaridades y evasivas. *(Sentándose, muy desconsolado, en el sofá.)*

PROS. *(Con ironía.)* ¡Como que si necesita usted cosas tan originales no va a tener más remedio que dialogar consigo mismo!

EUGE. Es lo que hacen todos los poetas: hablan alto consigo mismos, y el mundo, cuando quiere prestarles atención, los oye. Pero es muy triste

no poder hablar, de vez en cuando, con alguien más.

PROS. Espere usted a que venga el señor Morell. El hablará con usted. *(Eugenio se estremece.)* ¡Oh!, no hace falta que haga usted esos aspavientos; algo mejor que usted habla. *(Con viveza.)* El sí que sabrá ponerle los puntos sobre las íes. *(Muy irritada, se dirige de nuevo a su asiento, cuando él, comprendiendo de pronto, se levanta bruscamente y la detiene.)*

EUGE. ¡Ah, ya comprendo!

PROS. *(Ruborizándose.)* ¿Qué es lo que comprende?

EUGE. Su secreto de usted. Pero, dígame, ¿es realmente posible para una mujer el quererle?

PROS. *(Como si ello colmase ya la medida.)* Pero, ¡qué está usted diciendo!

EUGE. *(Apasionadamente.)* ¡No, no, contésteme! Necesito saberlo: ¡lo necesito! Yo no puedo comprenderlo. No puedo ver en él más que palabras y resoluciones piadosas, lo que la gente llama bondad. Pero eso no puede inspirar amor.

PROS. *(Tratando de intimidarle con un aire de fría superioridad.)* No sé lo que usted quiere decir. No le comprendo.

EUGE. *(Vehemente.)* Sí, sí; usted me comprende. Es mentira...

PROS. ¡Habráse visto!

EUGE. Usted comprende perfectamente. *(Decidido a lograr una contestación.)* Contésteme: ¿es posible que una mujer esté enamorada de él?

PROS. *(Al cabo de un momento de silencio, mirándole cara a cara.)* ¡Sí, es posible! *(El se cubre la cara con las manos.)* Pero, ¿qué demonios le pasa a usted? *(Eugenio retira las manos y la mira. Asustada ella por la expresión trágica de su semblante, se aparta precipitadamente, aunque sin perderle de vista, mientras él se dirige hacia el silloncito de niño, junto a la chimenea, sentándose en él profundamente abatido. Ella se dirige hacia la puerta y va ya a salir por ella, cuando entra Burgess. Con un suspiro de*

alivio.) ¡Gracias a Dios que viene alguien! *(Y se sienta, ya tranquilizada, en su mesa, colocando una nueva cuartilla en la máquina, mientras Burgess se acerca a Eugenio.)*

BURG. *(Esforzándose en hablar con elegancia ante el aristocrático mozo.)* ¡Pero cómo le dejan así solo, señor Marchbanks! He venido a hacerle compañía. *(Eugenio le mira, consternado, sin que él lo advierta.)* Jaime está recibiendo a una delegación en el comedor y Cándida está arriba instruyendo a una joven costurera, por la que se interesa. ¡Figúrese usted que la está enseñando a leer! *(Condoliéndose.)* Estará usted muy aburrido aquí, sin más compañía que la mecanógrafa, ¿eh? *(Sentándose en el sillón.)*

PROS. *(Agresivamente.)* ¡En cambio, ahora que disfruta de su exquisita conversación y urbanidad, se sentirá en el séptimo cielo! *(Tecleando estrepitosamente en la máquina.)*

BURG. *(Extrañado de su audacia.)* Con usted no he hablado, joven, que yo sepa.

PROS. *(A Eugenio, en tono acre.)* ¿Ha visto usted nunca una falta de educación semejante, señor Marchbanks?

BURG. *(Con severidad prosopopéyica.)* El señor Marchbanks es un caballero y sabe cuál es su sitio, cosa que ignora mucha gente.

PROS. *(Conteniéndose a duras penas.)* Está bien que usted y yo no pertenezcamos a la buena sociedad. ¡Pero ya me habría usted oído, si el señor Marchbanks no llega a estar presente! *(Sacando la carta de la máquina, tan bruscamente, que se desgarra.)* ¡Y ahora, para colmo, voy y rompo esta carta, que tendré que hacer de nuevo! ¡Todo por usted, viejo mamarracho!

BURG. *(Tartamudeando, de indignación.)* ¿Cómo? ¿Viejo mamarracho yo? ¿Yo? *(Casi ahogándose.)* Perfectamente, joven. ¡Perfectamente! ¡Ya veremos lo que dice su principal! Así aprenderá usted.

PROS. Yo...

BURG. *(Interrumpiéndola bruscamente.)* Nada, nada, ¡ni una palabra más! A mí no tiene usted que hablarme para nada. ¡Ya verá usted quién soy yo! *(Proserpina recoge sus papeles con un ademán de desprecio y sigue trabajando.)* No haga usted caso de ella, señor Marchbanks. No lo merece. *(Sentándose otra vez, con aire altivo.)*

EUGE. *(Quejumbrosamente, nervioso y desconcertado.)* ¿No sería mejor hablar de otra cosa? No, no creo que la señorita Garnett haya querido ofenderle.

PROS. *(Con ironía.)* Claro que no.

BURG. No seré yo quien se rebaje ya a discutir con ella. *(Suena un timbre.)*

PROS. *(Recogiendo sus papeles.)* Ese timbre es para mí. *(Y se precipita fuera.)*

BURG. *(Yendo tras de ella a voz en cuello.)* Afortunadamente, podemos pasarnos muy bien sin usted. *(Algo aliviado por la satisfacción de haber dicho la última palabra, se sienta al lado de Eugenio y le habla confidencialmente.)* Ahora que estamos solos, señor Marchbanks, permítame que le haga a usted una indicación amistosa que no haría a todo el mundo. Dígame, ¿desde hace cuánto tiempo conoce usted a mi yerno Jaime?

EUGE. No sé. Nunca recuerdo las fechas. Unos cuantos meses, creo.

BURG. ¿Y no ha notado usted nunca nada raro en él?

EUGE. No creo.

BURG. *(Con aire impresionante.)* Porque no habrá usted querido. Y ése es precisamente el peligro. Jaime está loco.

EUGE. ¿Loco?

BURG. Loco de atar. Obsérvele, y pronto se convencerá.

EUGE. Eso lo dice usted por sus opiniones...

BURG. *(Dándole un golpecito en la rodilla.)* Eso mismo creía yo, señor Marchbanks. Durante algún tiempo yo también atribuí sus rarezas a sus opiniones políticas; aunque, créame usted, las

opiniones se convierten en un serio peligro cuando a los hombres les da por obrar con arreglo a ellas, como le ocurre a Jaime. Pero no es esto a lo que iba. *(Mirando a su alrededor, para asegurarse de que están solos, y acercando los labios al oido de Eugenio.)* ¿Qué cree usted que me dijo esta mañana en esta misma habitación?

EUGE. ¿Qué?

BURG. Pues va y me dice—y esto es tan verdad como que ahora estamos sentados aquí.....va y me dice: "Yo soy un mentecato y usted es un granuja." ¡Yo un granuja, figúrese usted! Y luego me dió la mano, como si acabase de hacer mi elogio. ¿Me dirá usted ahora si ese hombre está en sus cabales?

MOR. *(Desde el quicio de la puerta, a punto de entrar.)* Apunte usted todos los nombres y las señas, señorita Garnett.

PROS. *(Desde afuera.)* Descuide usted. señor Morell. *(Entra Morell, con los documentos de la Delegación en la mano.)*

BURG. *(Aparte, a Eugenio.)* Ahí le tiene usted. Obsérvele y verá. *(Levantándose, con aire de importancia.)* Siento mucho, Jaime, tener que presentarle una queja. Mucho celebraría no tener que hacerlo, pero no tengo más remedio: es mi derecho y mi deber.

MOR. ¿Qué ocurre?

BURG. El señor Marchbanks es testigo. *(Muy solemne.)* La mecanógrafa ha llevado su mala educación hasta el punto de llamarme viejo mamarracho.

MOR. *(Riendo indulgentemente.)* ¡Siempre la misma ese demonio de muchacha! Es tan franca que no puede dominarse.

BURG. *(Trémulo de ira.)* ¿Y cree usted que yo estoy dispuesto a aguantarlo?

MOR. ¡Bah! Todo eso son chiquilladas. No haga usted caso. *(Guardando los papeles en un cajón del escritorio.)*

BURG. Ya comprenderá usted que no es que a mí me importe. Estoy por encima de esas cosas. Pero ¿está bien lo que ha hecho esa muchacha? Eso es lo que quiero saber. ¿Está bien?

MOR. Según y cómo. ¿Le ha causado a usted algún daño? No, ¿verdad? Pues, entonces, no piense usted más en ello. *(Dando por terminado el asunto, se sienta a la mesa, con objeto de despachar su correspondencia.)*

BURG. *(Aparte, a Eugenio.)* ¿Qué le dije a usted? Loco de atar. *(Aproximándose a la mesa y preguntando con la cortesía del hombre que tiene hambre.)* ¿A qué hora es la comida, Jaime?

MOR. Todavía faltan un par de horas.

BURG. *(Con resignación quejumbrosa.)* En ese caso, deme usted un libro bonito para leer al lado de la lumbre.

MOR. ¿Qué clase de libro? ¿Un libro bueno?

BURG. *(Protestando airadamente.)* ¡No, no! Algo divertido para matar el tiempo. *(Morell toma de la mesa un periódico ilustrado y se lo ofrece. Burgess lo acepta con mansedumbre.)* Gracias. *(Dirigiéndose al sillón de la chimenea, se repantiga en él cómodamente, para leer.)*

MOR. *(Escribiendo.)* Cándida vendrá dentro de un momento a hacerle compañía. La discípula acaba de irse. Ahora está arreglando las lámparas.

EUGE. *(Levantándose bruscamente, presa de la mayor consternación.)* Pero se va a estropear las manos. Yo no puedo tolerar eso, Morell; es una vergüenza. Iré yo a llenarlas. *(Dirigiéndose hacia la puerta.)*

MOR. Lo mejor será que se quede usted quieto. *(Eugenio se detiene irresoluto.)* No conseguiría usted sino que Cándida le diese a limpiar mis botas, a fin de ahorrarme a mí el trabajo mañana por la mañana.

BURG. *(Con censura manifiesta.)* Pero ¿no tienen ustedes ya criada, Jaime?

MOR. Sí, tenemos; pero, aunque trabaja como una negra, la criada no es una esclava. Lo que quie-

re decir que todo el mundo tiene que ayudar en algo. Lo que importa es saber distribuir las tareas. Así, Proserpina y yo, podemos hablar de los asuntos de la oficina mientras fregamos los platos después de cada comida. El fregar no es cosa difícil cuando se hace entre dos.

EUGE. *(Angustiado.)* ¿Y cree usted que todas las mujeres son tan ordinarias como la señorita Garnett?

BURG. *(Con énfasis.)* Muy bien dicho, señor Marchbanks, muy bien. No cabe duda que esa muchacha es ordinaria.

MOR. *(Tranquila y significativamente.)* Dígame, Eugenio...

EUGE. ¿Qué?

MOR. ¿Cuántas criadas tienen en casa de su padre?

EUGE. ¿Y yo qué sé? *(Acercándose, molesto, al sofá, como para estar lo más lejos posible del interrogatorio de Morell, toma asiento en él, muy desazonado, pensando en las manos de Cándida.)*

MOR. *(Muy serio.)* ¡Tantas hay, que usted ni sabe! *(Más incisivamente.)* De todas maneras, supongo que cuando hay algún trabajo ordinario que hacer, usted llama al timbre y se lo encarga a cualquiera de las criadas. Esto, sin duda, es uno de los hechos más salientes de su existencia, ¿verdad?

EUGE. ¡No me atormente usted! El hecho saliente ahora es que los hermosos dedos de su mujer se están manchando de petróleo, y que usted está aquí cómodamente sentado, y predicando acerca de ello... siempre predicando; ¡palabras y más palabras!

BURG. *(Aprobando con entusiasmo la réplica.)* Muy bien. ¡Bravo! *(Radiante.)* ¡Vuelve por otra, Jaime! *(Cándida entra con una lámpara a punto ya de ser encendida, colocándola al lado de Morell para que éste la use cuando quiera.)*

CANDI. *(Restregándose las puntas de los dedos y sonriendo vagamente.)* Si va usted a vivir con nos-

otros, Eugenio, me parece que le voy a dejar el cuidado de las lámparas.

EUGE. ¡Sólo a condición de que me deje usted todos los trabajos rudos, me quedaré con ustedes!

CANDI. Muy galante, pero antes tengo que ver cómo lo hace usted. *(Volviéndose hacia Morell.)* Jaime, no has cuidado bien de la casa en mi ausencia.

MOR. ¿Qué es lo que he hecho, hija mía, o, mejor dicho, qué es lo que he dejado de hacer?

CANDI. *(Con un mohín de enfado.)* Mi cepillo de lustrar los suelos lo han usado para dar betún al calzado. *(Eugenio lanza un suspiro desgarrador. Burgess mira asustado a su alrededor. Cándida se precipita hacia el sofá.)* ¿Qué pasa? ¿Se siente usted mal, Eugenio?

EUGE. No, no me siento mal; sino lleno de horror, ¡lleno de horror! *(Cogiéndose la cabeza entre las manos.)*

BURG. *(Extrañado.)* Cosa del estómago, sin duda. Tenga usted cuidado. Tal vez haya usted bebido demasiado ayer, y ahora está sufriendo las consecuencias.

CANDI. *(Tranquilizada.)* No tengas cuidado, papá. Ese horror es puramente poético. ¿Verdad, Eugenio?

BURG. *(Atónito.)* ¿Horror poético? ¡Ah!... Usted me dispensará si le he molestado. *(Y se vuelve junto a la lumbre, deplorando su precipitación.)*

CANDI. ¿Qué hay, Eugenio? ¿Es por lo del cepillo? ¡Vamos, no se apure! *(Se sienta a su lado.)* ¡No es para tanto! ¿Qué? ¿No le gustaría a usted regalarme uno nuevo, bonito, con incrustaciones de nácar?

EUGE. *(Suavemente, con voz musical, pero melancólico y anhelante.)* No, un cepillo no; pero sí una lancha..., un diminuta chalupa, en la cual irnos navegando muy lejos, lejos del mundo, allí donde los pavimentos de mármol son lavados por la lluvia y secados por el sol, donde la brisa del Sur agita los tapices de púrpura y

sedas. O bien un carro de oro, para subir en él al cielo, donde las lámparas son estrellas y no necesitan llenarse todos los días de petróleo.

MOR. *(Asperamente.)* Y donde no se hace nada más que ser un vago, un egoísta y un inútil.

CANDI. *(Amonestándote.)* Pero, Jaime, ¿cómo has podido echar a perder una tirada tan hermosa?

EUGE. *(Acalorándose.)* Sí, ser un vago, un egoísta, un inútil; es decir, ser hermoso, libre y feliz. ¿No desean todos los hombres eso para la mujer a quien aman? Ese es mi ideal. ¿Cuál es, en cambio, el de usted y el de toda esa gente que vive en esas odiosas casas tiradas a cordel? ¡Sermones y cepillos de lustrar! ¡Usted a predicar y su mujer a sacar brillo a los suelos!

CANDI. ¡Pero si él limpia las botas, Eugenio! Mañana las limpiará usted por haber dicho eso.

EUGE. ¡Oh, no hable usted de botas! Los pies de usted no se han hecho para vivir prisioneros.

CANDI. ¡Pues habría que verme descalza por esas calles de Dios!

BURG. *(Escandalizado.)* Vamos, Cándida, no seas vulgar. ¡Mira que le va a dar otra vez el horror al señor Marchbanks! El horror poético, quiero decir. *(Morell calla. En apariencia, está ocupado con sus cartas; pero, en realidad, está lleno de desbordada amargura al ver que, cuanto más certeros parecen sus golpes, más pronto y eficazmente los para Eugenio. Le aflige sobre todo el empezar a temer a un hombre al que no respeta. Entra Proserpina con un telegrama en la mano.)*

PROS. *(Entregando el telegrama a Morell.)* Contestación pagada. El muchacho aguarda. *(A Cándida, mientras vuelve a su máquina y se sienta.)* Ya han traído las cebollas. María la está esperando en la cocina. *(Cándida se levanta.)*

EUGE. *(Convulso.)* ¡Cebollas!

CANDI. Sí, cebollas. Y no cebollas españolas, sino cebollas de la tierra, malas, pequeñas y colora-

das. Usted me ayudará a mondarlas. Venga. *(Le coge de una muñeca y sale corriendo, arrastrándole consigo. Burgess se levanta consternado y les sigue un instante con la mirada.)*

BURG. Pero Cándida no debiera tratar así al sobrino de un par. Mire usted, Jaime, eso ya es exagerar. ¿Es que le entra esa fuguilla con frecuencia?

MOR. *(En tono seco, redactando un telegrama.)* No sé.

BURG. *(Poniéndose sentimental.)* Ese muchacho habla muy lindamente. Yo siempre he tenido afición a la poesía. En eso Cándida sale a mí. Siempre tenía yo que contarle cuentos de hadas cuando no era más que un monigote así de alto. *(Levantando la mano una cuarta por encima del suelo.)*

MOR. *(Preocupado.)* Sí, ¿eh? *(Seca el telegrama y sale con él en la mano.)*

PROS. ¿Y sacaba usted de su cabeza los cuentos que contaba a su niña? *(Burgess no se digna contestarle; patiabierto ante la chimenea, observa una actitud de supremo desdén. Proserpina continúa, con mucha sorna.)* Pues nunca me habría yo figurado que tenía usted ese talento. A propósito, debo advertirle una cosa, ya que tanto interés le inspira ese señor Marchbanks. Y es que ese muchacho está loco.

BURG. ¡Loco! ¿Cómo? ¡El también!

PROS. Más loco que una cabra. Precisamente antes de que usted entrara, me dió un susto... Pero ¿es que no ha notado usted los disparates que dice?

BURG. ¿De modo que ése era el horror poético? ¡Ya decía yo que le faltaba algún tornillo! *(Paseando de arriba abajo por la habitación y alzando la voz a medida que anda.)* ¡Pues, señor, bonito manicomio! Me parece que lo mejor será irme a dar una vueltecita por el jardín. Díganselo usted así a su principal, si pregunta por mí.

PROS. *(Burlona.)* Descuide. *(Antes de que Burgess pueda replicar vuelve Morell.)*

BURG. *(Sentimental.)* Voy al jardín a fumar, Jaime, a fin de que el humo no les moleste.

MOR. *(Brusco.)* Bien, bien. *(Burgess sale patéticamente con el andar de un anciano cansado. Morell, junto a la mesa, revuelve sus papeles y habla de lejos con Proserpina, medio en broma, medio distraído.)* Conque ha llamado usted viejo mamarracho a mi suegro, ¿eh?

PROS. *(Poniéndose muy colorada y levantando los ojos bruscamente hacia él, medio asustada, medio enternecida.)* Mire usted... yo... *(Y rompe a llorar.)*

MOR. *(En tono jovial, inclinándose hacia ella por encima de la máquina.)* Vamos, vamos, hija mía, no es para tanto. Sí, después de todo, tenía usted razón. *(Con un sollozo convulsivo se precipita ella hacia la puerta y desaparece dando un portazo. Morell, meneando resignado la cabeza, suspira y vuelve pausadamente a su silla, en la que se sienta para trabajar. Su aspecto es de cansancio y de pena. Entra Cándida. Ha concluído su trabajo doméstico y se ha quitado el delantal. Nota en seguida el abatimiento de Morell y se sienta tranquilamente en la silla de las visitas, observándole con atención, pero en silencio.)*

MOR. *(Levantando los ojos, con la pluma en suspenso, disponiéndose a continuar su trabajo.)* ¿Dónde has dejado a Eugenio?

CANDI. Está lavándose las manos en la cocina. Llegará a ser un buen cocinero si logra vencer el miedo que le inspira María.

MOR. ¡Ah! *(Escribiendo de nuevo.)*

CANDI. *(Acercándose a él y poniéndole la mano suavemente sobre la suya para detenerle.)* A ver, deja que te mire un poco. *(El deja la pluma dócilmente. Ella le hace levantar y le aparta un poco de la mesa, mirándole con atención mientras tanto.)* Vuelve la cara hacia la luz. *(Colo-*

cándole de frente a la ventana.) Mi niño no tiene muy buena cara, que digamos. Habrá trabajado demasiado.

MOR. Como de costumbre.

CANDI. Pues mi niño está muy pálido, y cansado, y arrugado, y viejo. *(La melancolía de él aumenta; pero ella le ataca alegre y mimosamente.)* Por hoy ya has escrito bastante. Déjale a Proserpina que acabe, y ven a charlar un rato conmigo.

MOR. Pero...

CANDI. *(Insistiendo.)* Nada, nada, que hay que hablar conmigo. *(Le obliga a sentarse y se sienta ella en la alfombra, a sus pies.)* ¿Ves? *(Acariciándole la mano.)* Ya tienes mejor cara. ¿Por qué no trabajas un poco menos? ¿A qué todos esos sermones y conferencias? Claro está que todo lo que dices es muy hermoso y muy cierto, pero no sirve de nada. A los que te oyen les tiene absolutamente sin cuidado lo que dices. Naturalmente que todos se muestran conformes contigo; pero ¿de qué sirve que la gente se muestre conforme contigo si, en cuanto vuelves la espalda, hacen todo lo contrario de lo que has dicho? Fíjate lo que pasa con nuestra congregación de Santo Domingo. ¿Por qué vienen todos los domingos a oírte hablar sobre el cristianismo? Pues porque durante los seis días de la semana se han hartado a tal punto de negocios y de hacer dinero, que necesitan olvidarlo y descansar el séptimo día, a fin de recobrar las fuerzas y volver a la caza del dinero con más ahinco. En realidad, les ayudas a ello en vez de impedirles.

MOR. *(Con seriedad enérgica.)* Tú sabes, Cándida, lo vigorosamente que les fustigo siempre por ello. Pero si el ir a la iglesia no es para ellos sino descanso y diversión, ¿por qué no buscan otro pasatiempo más alegre y más divertido? Algo debe haber cuando prefieren la iglesia de Santo Domingo a otros sitios peores.

CANDI. ¡Oh!, los sitios peores no están abiertos los domingos; y, aunque lo estuviesen, no se atreven a dejarse ver en ellos. Además, mi querido Jaime, predicas tan magníficamente, que para ellos el oírte es como una función de teatro. ¿Por qué crees, si no, que las mujeres se muestran tan entusiasmadas?

MOR. *(Ofendido.)* ¡Cándida!

CANDI. ¡Bobaiicón! Tú te figuras que es por tu socialismo y tu religión. Pero si fuera por eso, harían lo que les aconsejas en vez de contentarse con mirarte embobadas. A todas, al fin y al cabo, les pasa lo que a Proserpina.

MOR. ¿A Proserpina? ¿Qué quieres decir, Cándida?

CANDI. Sí, a Proserpina y a todas las otras secretarias que has tenido. ¿Por qué consiente Proserpina en fregar los platos y pelar patatas y rebajarse de mil maneras por seis chelines a la semana, menos de lo que le darían en cualquier oficina del centro? Pues porque está enamorada de ti, Jaime, ésa es la razón. Todas están enamoradas de ti y de tus sermones, como tú estás enamorado de tus sermones porque sabes que los haces muy bien. ¡Y tú te figuras que todo ello es puro entusiasmo por el Reino de los Cielos sobre la tierra! ¡Tonto, tonto!

MOR. ¡Cándida! ¡Qué cinismo tan horrible, tan desgarrador! ¿Estás hablando en broma o... será posible?... ¿Acaso tendrías celos?

CANDI. *(Singularmente pensativa.)* Sí; a veces me siento un poquito celosa.

MOR. *(Incrédulo.)* ¿De Proserpina?

CANDI. *(Riendo.)* No, no, de nadie. Celosa por alguien que no es querido como debiera serlo.

MOR. ¿Por mí?

CANDI. ¿Por ti? ¡Quiá! Tú eres querido de sobra. Tú recibes más de lo que te corresponde. Me refiero a Eugenio.

MOR. *(Espantado.)* ¡A Eugenio!

CANDI. Me parece injusto que todo el querer sea para ti y ninguno para él, sobre todo teniendo en

cuenta que él lo necesita más que tú. *(Un movimiento convulsivo estremece a Morell, a pesar suyo.)* ¿Qué te pasa? ¿Te molesto?

MOR. En absoluto. *(Mirándola intensamente con turbación.)* Tú sabes, Cándida, que tengo en ti una confianza total.

CANDI. ¡Vanidoso! ¿Tan seguro estás de tu irresistibilidad?

MOR. Cándida, me choca el oírte hablar así. ¿Cuándo he creído yo que fuera irresistible? Al hablar así pensaba en tu bondad, en tu pureza. En ellas confío.

CANDI. ¡Qué cosas tan tontas estás diciendo! ¡Ah, eres un clérigo, Jaime; un verdadero clérigo!

MOR. *(Volviendo la cara a otro lado, con el corazón lacerado.)* Así dice Eugenio.

CANDI. *(Con vivo interés, apoyando los brazos en sus rodillas.)* Eugenio siempre tiene razón. Es un muchacho maravilloso. Durante el tiempo que hemos estado fuera, cada día le he ido tomando más cariño. ¿Querrás creer, Jaime, que aunque él mismo no lo sospecha lo más mínimo, está a punto de enamorarse locamente de mí?

MOR. *(Sombríamente.)* De modo que él no lo sospecha lo más mínimo, ¿eh?

CANDI. ¡Ni tanto así! *(Retirando los brazos de sus rodillas, queda pensativa, con las manos caídas sobre el regazo.)* Algún día lo sabrá... cuando sea mayor y tenga experiencia como tú. Y sabrá que yo debí darme cuenta... ¿Qué pensará de mí entonces?

MOR. Nada malo, Cándida, nada malo; así lo espero, al menos.

CANDI. *(Con un gesto de duda.)* Eso depende...

MOR. *(Perplejo.)* ¿Cómo que depende?

CANDI. *(Mirándole.)* Sí; depende de lo que le ocurra luego. *(Morell la mira, sin comprender.)* ¿No lo comprendes? Dependerá de como llegue a aprender lo que es realmente el amor. Quiero decir, de la clase de mujer que se lo enseñe.

MOR. *(Completamente trastornado.)* Sí..., no..., no... sé lo que quieres decir.

CANDI. Si es una mujer buena la que le enseña a amar, entonces todo irá bien; me perdonará.

MOR. ¡Perdonarte él!

CANDI. Pero supón que lo aprenda de una mala mujer, como les pasa a tantos hombres; sobre todo a los poetas que se imaginan que todas las mujeres son ángeles. Supón que sólo descubra el valor del amor después de haberlo malbaratado y de haberse degradado en su ignorancia. ¿Crees que entonces me perdonará?

MOR. ¿Perdonarte el qué?

CANDI. *(Observando lo tonto que es y algo desilusionada, aunque con ternura, añade:)* ¿No comprendes? *(El mueve la cabeza negativamente. Ella, entonces, le explica dulcemente.)* Quiero decir: ¿me perdonará el no habérselo enseñado yo misma, el haberle abandonado a las mujeres malas, a causa de mi bondad..., de mi pureza, como tú dices? ¡Ay, Jaime, qué poco me conoces al hablarme de mi bondad y mi pureza! Una y otra se las daría al pobre Eugenio con la misma buena voluntad que daría mi toquilla a un mendigo muerto de frío, si no hubiese otra cosa que me retuviera. Pon tu fe en mi amor por ti, Jaime, pues si éste no existiera, ¡qué poco caso haría yo de tus sermones! Palabras huecas con las que cada día te engañas a ti mismo y engañas a los demás. *(Tratando de incorporarse.)*

MOR. ¡Sus propias palabras!

CANDI. *(Volviendo a sentarse.)* ¿Palabras de quién?

MOR. De Eugenio.

CANDI. *(Encantada.)* ¿Lo ves? Siempre tiene razón. Te entiende, me entiende a mí, entiende a Proserpina, y tú, en cambio, Jaime, no entiendes a nadie. *(Se ríe, y le besa para consolarle. Pero él retrocede, como quien recibe una puñalada, y se pone en pie bruscamente.)*

MOR. ¿Cómo puedes besarme, cuando...? ¡Oh, Cán-

dida! *(Con angustia.)* ¡Hubiese preferido que me hundieras un cuchillo en el corazón a que me dieses ese beso!

CANDI. *(Levantándose alarmada.)* Pero ¿qué te pasa? ¡Jaime!

MOR. *(Apartándola violentamente.)* ¡No me toques!

CANDI. *(Atónita.)* ¡Jaime! *(Se ven interrumpidos por la entrada de Eugenio con Burgess, quien se queda parado en la puerta, mirándolos con extrañeza, mientras Eugenio entra.)*

EUGE. ¿Ocurre algo?

MOR. *(Mortalmente pálido, haciendo un esfuerzo sobrehumano por serenarse.)* Simplemente que o usted tenía razón esta mañana, o Cándida está loca.

BURG. *(Protestando ruidosamente.)* ¡Cómo! ¡También Cándida loca! ¡Vamos, hombre, vamos! *(Atravesando la habitación hacia la chimenea, protesta mientras anda, sacudiendo luego las cenizas de su pipa en los morillos de la chimenea. Morell se sienta, desesperado, inclinado, para ocultar el rostro, con los dedos fuertemente entrelazados, a fin de dominar el temblor de sus manos.)*

CANDI. *(A Morell, riendo.)* ¿Te has ofendido? Es eso todo, ¿eh? ¡Qué convencionales sois los hombres sin prejuicios!

BURG. Vamos, Cándida, condúcete como es debido. ¿Qué pensará el señor Marchbanks de ti?

CANDI. La culpa la tiene Jaime enseñándome a pensar por mí misma y a no preocuparme por los juicios ajenos. Todo va bien mientras pienso lo mismo que él. Pero ahora, simplemente porque me he atrevido a pensar diferente, mírale cómo se pone. *(Señalando con el dedo a Morell, mientras sigue riendo. Eugenio le mira y se oprime el corazón con la mano, como si una pena lo traspasara. Se sienta en el sofá, instintivamente, con la expresión del que está presenciando una tragedia.)*

BURG. *(Delante de la chimenea.)* La verdad, Jaime, es

que en este momento no está usted tan imponente como de costumbre.

MOR. *(Con una risa que es casi un sollozo.)* Puede. Ustedes perdonen. No me daba cuenta de que estoy haciendo el ridículo. *(Haciendo un esfuerzo.)* En fin, trataré de que no vuelva a suceder. *(Volviendo a su asiento de la mesa, comienza otra vez a trabajar en sus papeles con forzado buen humor.)*

CANDI. *(Sentándose en el sofá, junto a Eugenio, alegremente.)* ¿Qué hay, Eugenio? ¿Por qué está usted tan triste? ¿Le han hecho llorar las cebollas? *(Morell no puede abstenerse de observarlos atentamente.)*

EUGE. *(Aparte, a ella.)* Su crueldad de usted es lo que me entristece. Odio la crueldad. Es una cosa horrible ver a una persona haciendo sufrir a otra.

CANDI. *(Acariciéndole irónicamente.)* ¡Pobre chico, he sido cruel con él! Le he hecho mondar demasiadas cebollas.

EUGE. *(Muy apesadumbrado.)* Calle usted, por Dios, no hablo de mí. A él es a quien ha hecho usted sufrir horriblemente. Siento su dolor en mi propio corazón. Sé que no tiene usted la culpa... es algo que tiene que suceder fatalmente; pero no se burle usted. Me estremezco cada vez que usted le atormenta y se ríe; no puedo menos de estremecerme.

CANDI. *(Incrédula.)* ¡Yo, atormentar a Jaime! No diga usted tonterías, Eugenio. Cuidado que es usted exagerado. ¡Tonto! *(Fijando los ojos en Morell, que vuelve a escribir, va hacia él y queda detrás de su silla, inclinándose sobre él.)* No trabajes más, querido. Anda, ven y charla con nosotros.

MOR. *(Afablemente, pero con amargura.)* No, no... Yo no sé charlar. Sólo sé predicar.

CANDI. *(Acariciándole)* Pues bien, ven y predica.

BURG. *(Protestando.)* ¡Caramba, no! ¡Qué cosas tie-

nes, Cándida! *(Entra Mill con aire de importancia y de angustia.)*

MILL. *(Precipitándose a dar la mano a Cándida.)* ¡Buenas tardes! ¿Cómo está usted, señora? ¿Ha llegado bien?

CANDI. Gracias, Alejandro. ¿Se conocen usted y Eugenio?

MILL. Sí, tengo el gusto. ¿Cómo está usted, Marchbanks?

EUGE. Bien, gracias.

MILL *(A Morell.)* Vengo de la Asociación de San Mateo. El telegrama de usted les ha sumido en la mayor consternación. Espero que no habrá ocurrido nada malo.

CANDI. ¿Qué telegrafiaste, Jaime?

MILL. *(A Cándida.)* Había quedado en darles una conferencia esta noche. Así, que alquilaron el local mayor que pudieron encontrar y se gastaron un dineral en carteles. Luego telegrafió su marido que no podía ir. Y, como es natural, la noticia les cayó como un rayo.

CANDI. *(Sorprendida y empezando a sospechar algo malo.)* Pero, ¡cómo! ¡Negarse Jaime a pronunciar una conferencia!

BURG. Apuesto a que es la primera vez en su vida. ¿No es así, Cándida?

MILL. *(A Morell.)* Decidieron enviarle a usted un telegrama urgente preguntándole si no podía cambiar de idea. ¿Lo recibió usted?

MOR. *(Con impaciencia reprimida.)* Sí, sí, lo recibí.

MILL. Venía con la contestación pagada

MOR. Sí. Contesté que no podía ir.

CANDI. ¿Pero cómo, Jaime?

MOR *(Casi con enojo.)* Porque no me da la gana. Esa gente olvida que soy un hombre. Se figuran que soy una máquina de hablar a la que se puede dar cuerda todas las noches. Pero ¿acaso no tengo derecho a quedarme una noche en mi casa con mi mujer y mis amigos? *(Todos quedan atónitos ante esta salida, excepto Eugenio, cuya expresión no cambia.)*

CANDI. ¡Mira, Jaime, que mañana te remorderá la conciencia y luego tendré yo que sufrir las consecuencias!

MILL. *(Intimidado, pero insistiendo.)* Claro está que piden demasiado de usted. Pero tenga usted en cuenta que han estado telegrafiando a todas partes para tener otro orador, y que no encontraron más que al presidente de la Liga Agnóstica.

MOR. Muy bien; una persona excelente. ¿Qué más quieren?

MILL. Sí, pero su tema perpetuo es el divorcio del socialismo y el cristianismo, y corremos el peligro de que deshaga nuestra buena obra. En fin, usted, mejor que nadie, sabrá... *(Vacilante.)*

CANDI. *(Zalamera.)* Anda, Jaime. Iremos todos, si quieres.

BURG *(Refunfuñando.)* Déjate de tonterías, Cándida. Cuánto mejor es estarse en casita al lado de la lumbre. Aunque vaya Jaime, a lo sumo estará fuera un par de horas.

CANDI. No, señor; hay que ir. Nos sentaremos todos en el estrado y seremos personas de importancia.

EUGE. *(Asustado.)* ¡No, no vayamos al estrado! Todo el mundo fijará los ojos en nosotros. A mí me sería imposible. Si vamos, me quedaré atrás en el fondo de la sala.

CANDI. No se asuste usted. Estarán todos demasiado ocupados en mirar a Jaime para notar la presencia de usted.

MOR. *(Volviendo la cabeza para mirarla con atención por encima del hombro.)* Lo que le pasa a Proserpina, ¿eh, Cándida?

CANDI. *(Riendo.)* Exactamente.

BURG. *(Misterioso.)* ¡Lo que le pasa a Proserpina! ¿Qué quieren ustedes decir con eso?

MOR. *(Sin hacerle caso se levanta, va hacia la puerta, la obre y llama en tono imperativo.)* ¡Señorita Garnett!

PROS. *(Desde dentro.)* Voy, señor Morell. *(Todos esperan, excepto Burgess, quien va subrepticiamente hacia Mill y le lleva aparte.)*

BURG. Escuche usted, señor Mill: ¿Qué es lo que le pasa a Proserpina? ¿Algo malo?

MILL. *(Confidencialmente.)* Hombre, no lo sé exactamente, pero esta mañana me habló de un modo muy raro. Sospecho que, a veces, le falta un tornillo.

BURG. *(Atónito.)* ¡Caramba! ¡Esto debe ser contagioso. Cuatro dementes en la misma casa! *(Dirigiéndose otra vez hacia la chimenea, muy impresionado por la inestabilidad de la razón humana en una atmósfera clerical.)*

PROS. *(Apareciendo en el quicio de la puerta.)* ¿Qué se le ofrece, señor Morell?

MOR. Telegrafíe usted a la Asociación de San Mateo, que iré.

PROS. *(Sorprendida.)* Pero ¿no le esperan a usted?

MOR. *(Perentorio.)* Haga usted lo que le digo. *(Proserpina, asustada, se sienta a la máquina y obedece. Morell va hacia Burgess, mientras Cándida observa todos sus movimientos con creciente extrañeza e inquietud.)*

MOR. Burgess, ¿no quiere usted ir a la conferencia?

BURG. *(Quejumbroso.)* En realidad, no tengo gran empeño, Jaime. Ya ve usted, hoy no es domingo.

MOR. Lo siento. Creí que a usted le interesaría conocer al presidente. Pertenece a la Junta de Obras de la Diputación provincial y tiene mucha influencia en la cuestión de las contratas. *(Burgess se reanima al instante. Morell, sabiendo el efecto de sus palabras, aguarda un momento y prosigue.)* ¿Qué? ¿Vendrá usted?

BURG. *(Con entusiasmo.)* Naturalmente que sí, Jaime. Usted sabe el placer que es siempre para mí el oírle.

MOR. *(Volviéndose hacia Proserpina.)* Necesitaré que usted, señorita Garnett, tome algunas notas en el meeting, si es que no tiene usted nada

más interesante que hacer. *(Ella se inclina, no atreviéndose a hablar.)* Usted, Alejandro, vendrá también, supongo.

MILL. Naturalmente.

CANDI. Iremos todos, Jaime.

MOR. No, tú no irás, ni Eugenio tampoco. Tú te quedarás aquí y le harás compañía... para celebrar tu regreso al hogar. *(Eugenio se levanta, sin aliento.)*

CANDI. Pero, Jaime...

MOR. *(Autoritario.)* Nada. Insisto. Tú no necesitas venir, ni él tampoco. *(Cándida va a protestar)* No os apuréis, que allí no me faltará gente; vuestras sillas serán ocupadas por personas todavía sin convertir, que aún no me han oído.

CANDI. *(Turbada.)* Pero... ¿no le gustaría a usted ir, Eugenio?

MOR. La presencia de Eugenio me cohibiría, francamente. Es un crítico de sermones tan severo... *(Mirándole fijamente.)* El sabe que le temo; esta misma mañana me lo dijo. Para demostrarle que tiene razón y que, realmente, le tengo miedo, le voy a dejar aquí, a tu custodia, Cándida.

EUGE. *(Para sí, con admiración sincera.)* Eso es valiente. Eso es hermoso. *(Se vuelve a sentar y escucha, con los labios crispados.)*

CANDI. *(Con angustia.)* Pero... pero... Jaime... ¿qué pasa? *(Transtornada.)* No entiendo...

MOR. ¡Cómo, querida!, pero ¿no habíamos quedado en que era yo el que no entendía? *(La coge tiernamente en sus brazos y la besa en la frente; luego, mira serenamente a Eugenio.)*

TELON

ACTO TERCERO

Son las diez y media de la noche. Las cortinas están corridas y encendidas las lámparas. La máquina de esribir, en su caja; la mesa grande, limpia y arreglada; todo indica que el trabajo del día ha terminado. Cándida y Eugenio están sentados junto a la lumbre. Una lámpara portátil de leer sobre la chimenea, alumbra a Eugenio, que está sentado en la silla pequeña leyendo en voz alta. Un montoncito de manuscritos y un par de tomos de poesías, esparcidos por la alfombra, le rodean. Cándida está sentada en el butacón. Tiene en la mano, erguido, el hurgón de cobre. Echada hacia atrás, mira con atención la punta reluciente, con los pies tendidos hacia la lumbre y los tacones descansando en la rejilla de la chimenea, como ausente y hundida en profunda meditación, al parecer.

EUGE. *(Interrumpiendo la lectura.)* Todos los poetas que han existido hasta ahora han puesto este pensamiento en un soneto. A la fuerza no había más remedio. *(La mira, para ver si está conforme, y advierte que el hurgón la ha fascinado.)* Pero... ¿no me escucha usted? *(Ella no contesta.)* ¡Cándida!

CANDI. *(Despertando sobresaltada.)* ¿Qué hay?

EUGE. ¿No me escuchaba usted?

CANDI. *(Excusándose, con un exceso de cortesía, que denota su culpa.)* ¡Sí, sí! Es preciso. Continúe usted, Eugenio. Estoy deseando saber qué le sucede al ángel.

EUGE. *(Dejando caer el manuscrito sobre la alfombra.)* Usted me perdonará que la haya estado aburriendo...

CANDI. Pero si no me aburre usted. Se lo aseguro, Eugenio. Ande, continúe, que me gusta mucho.

EUGE. Hace un cuarto de hora que acabé de leer el poema del ángel. Después he leído otros varios.

CANDI. *(Excusándose.)* Usted me dispensará, Eugenio. Sin duda ha tenido la culpa este maldito hur-

gón que, sin querer, me estaba hipnotizando. *(Lo deja en el suelo.)*

EUGE. ¡Y a mí atacando los nervios!

CANDI. ¿Por qué no me lo dijo usted? Lo hubiese dejado en seguida.

EUGE. Temía molestarla. En este caso parecía como si el hurgón hiciese las veces de un arma. Si yo fuese un héroe de los tiempos antiguos, habría colocado entre nosotros mi espada desnuda. Y si su marido de usted hubiese entrado de repente, podría haberse imaginado que usted había cogido el hurgón porque no había una espada entre nosotros.

CANDI. *(Extrañada.)* ¿Cómo? *(Mirándole, confusa.)* No acabo de entenderle. Sus sonetos, por lo visto, me han embrutecido. ¿A qué santo había de haber una espada entre nosotros?

EUGE. *(Evasivamente.)* Por nada, por nada. No vale la pena de hablar más de eso. *(Se inclina para coger el manuscrito.)*

CANDI. Deje usted las poesías, Eugenio, que de todo llega uno a hartarse... hasta de sus poesías. Me ha estado usted leyendo durante más de dos horas... sin parar desde que salió Jaime... Charlemos.

EUGE. *(Levantándose, asustado.)* No, no debo charlar ahora con usted. *(Mirando a su alrededor, como quien busca un apoyo y no lo encuentra.)* Lo mejor será que me vaya a dar una vuelta por el parque. *(Se dirige hacia la puerta.)*

CANDI. No diga usted tonterías, Eugenio. Hace ya tiempo que habrán cerrado el parque. ¿No ve usted que son más de las diez y media? Venga aquí y siéntese a mis pies, en la alfombra, y hábleme de las musarañas sin ton ni son, como suele usted hacer. Necesito que me distraigan. ¿Qué? ¿No quiere usted?

EUGE. *(Medio aterrorizado, medio extasiado.)* Sí, sí...

CANDI. Entonces venga usted aquí. *(Corre un poco su sillón hacia atrás, para hacerle sitio. El vacila; luego, tímidamente, se sienta en la alfom-*

bra ante la lumbre, con el rostro vuelto hacia arriba, e inclinando la cabeza hacia atrás, sobre las rodillas de ella, a quien contempla.)

EUGE. ¡Ah, me he sentido tan desgraciado toda la noche por haber sido bueno! Ahora soy malo y soy dichoso.

CANDI. *(Con ternura y un poco de zumba.)* Sí, estoy segura de que se cree usted ahora un seductor con toda la barba... y se siente muy orgulloso de sí mismo, ¿verdad?

EUGE. *(Levantando de pronto la cabeza, y volviéndose un poco para mirarla.)* Tenga usted cuidado, que le llevo más edad de la que usted se figura. *(Volviéndose y quedando de rodillas ante ella, con las manos juntas y los brazos sobre su regazo, habla con un impulso creciente, a medida que la sangre empieza a bullir.)* ¿Podría decirle a usted algunas maldades?

CANDI. *(Sin el más mínimo temor ni frialdad, con perfecto respeto a su pasión, pero dejando traslucir su humorismo sapiente y maternal.)* Maldades, no. Pero puede usted decir todo lo que real y verdaderamente sienta. Todo, sea lo que sea. Le prometo no asustarme con tal de que sea su verdadero yo el que hable, sin hacerse el galante ni el pillín, ni siquiera el poeta. Nada de actitudes convencionales. Es la única condición que pongo. A su honor y a su sinceridad lo fío. Ahora, diga lo que quiera.

EUGE. *(La expresión concupiscente desaparece por completo de sus labios y de las aletas de su nariz, mientras sus ojos se iluminan con una patética espiritualidad.)* ¡Ay! Ahora ya no puedo decir nada: todas las palabras que conozco pertenecen a una u otra actitud..., todas, menos una.

CANDI. ¿Y es?

EUGE. *(Suavemente, embriagándose en la música del nombre.)* ¡Cándida, Cándida, Cándida, Cándida!... Es lo único que puedo decir ahora, ya que a mi honor y a mi sinceridad lo ha fiado.

Y puesto que nunca pienso en la señora de Morell, sino exclusivamente en Cándida.

CANDI. Naturalmente. Pero, ¿qué tiene usted que decirle a Cándida?

EUGE. Sólo repetir su nombre mil veces. ¿No siente usted como si cada palabra fuese una plegaria que se elevase hacia usted?

CANDI. ¿Y no le alegra a usted el poder rezar?

EUGE. ¡Mucho!

CANDI. Pues esa alegría es la contestación a su plegaria. ¿Desea usted algo más?

EUGE. ¡No; me siento en el cielo, donde no se sabe qué son deseos! *(Entra Morell. Deteniéndose en el quicio de la puerta, observa un momento la escena.)*

MOR. *(Gravemente, conteniéndose.)* Espero que no estorbo. *(Cándida se estremece, sobresaltada, pero sin la más ligera turbación, riendo de su propio susto. Eugenio, todavía de rodillas, se agarra para no caer, al asiento de la sillita, y permanece así, mirando a Morell con la boca abierta.)*

CANDI. *(Al levantarse.)* ¡Jaime! ¡Cómo me has asustado! Estaba tan distraída con Eugenio, que no oí el ruido de la puerta. ¿Qué, cómo ha ido esa conferencia? ¿Hablaste bien?

MOR. En toda mi vida hablé mejor.

CANDI. Vaya, me alegro. ¿Y a cuánto subió la colecta?

MOR. Olvidé preguntarlo.

CANDI. *(A Eugenio.)* No cabe duda de que ha debido hablar maravillosamente; de lo contrario, no se habría olvidado de ese detalle. *(A Morell.)* ¿En dónde se han quedado los otros?

MOR. Se marcharon mucho antes de poder yo salir. Me costó Dios y ayuda el escaparme. Supongo que se habrán ido a cenar por ahí.

CANDI. *(Con tono de mujer de su casa.)* En ese caso, María puede acostarse. Se lo voy a decir. *(Sale.)*

MOR. *(Mirando sombríamente a Eugenio.)* ¿Y qué?

EUGE. *(Sentado sobre la alfombra, con las piernas*

cruzadas, perfectamente a sus anchas, se siente un tanto jocoso.) Pues usted dirá.

MOR. ¿No tiene usted nada que decirme?

EUGE. Sí, que aquí he estado haciendo el tonto en privado, mientras usted lo estaba haciendo en público.

MOR. Pero de muy distinta manera, supongo.

EUGE. *(Con viveza, levantándose de un salto.)* De la mismísima manera, precisamente. He estado haciendo el papel del hombre bueno y moral lo mismo que usted. Cuando inició usted sus heroicidades, dejándome aquí solo con Cándida...

MOR. *(Involuntariamente.)* ¡Cándida!

EUGE. Sí, hombre; esto he adelantado; ya cuando me refiero a ella, la llamo Cándida y no la señora de Morell. Pero el heroísmo es contagioso: me pegó usted la enfermedad. Juré, pues, no decir, en ausencia de usted, una sola palabra que no hubiese dicho en su presencia hace un mes.

MOR. ¿Y guardó usted el juramento?

EUGE. *(Encaramándose de repente, de un modo grotesco, en el sillón.)* Fuí lo bastante asno para guardarlo hasta hace diez minutos. Hasta ese momentos estuve dale que dale leyéndole versos... versos míos, versos de los demás... con objeto de evitar que hablásemos. Me estuve de plantón ante la puerta del Paraíso, negándome a entrar. ¡Ah!, no puede usted imaginarse lo heroico que era, y lo desagradable. Luego...

MOR. *(Reprimiendo su impaciencia.)* ¿Luego?

EUGE. *(Resbalando del respaldo, y quedando sentado normalmente en el sillón.)* Luego... ella no pudo seguir soportando la lectura.

MOR. ¿Y se acercó usted, por fin, a la puerta del Paraíso?

EUGE. Sí, señor.

MOR. ¿Y qué? *(Con arrebato.)* ¡Vamos! Hable. ¡Tenga usted compasión!

EUGE. *(Suave y musicalmente.)* Ella, entonces, se hizo ángel, y hubo una espada flamígera que trazaba círculos en el aire, a fin de que yo no tras-

pusiera el umbral; lo que me hizo comprender que aquella puerta era, en realidad, la puerta del Infierno.

MOR. *(Triunfante.)* Entonces, ¿le rechazó a usted?

EUGE. *(Poniéndose en pie con mofa incisiva.)* No, mentecato, no; si me hubiese rechazado no habría yo visto que estaba ya en el Paraíso. ¿Rechazarme? Y, ¿cree usted que eso me habría salvado? ¡Ah, no es usted digno de vivir en el mismo mundo que ella! *(Volviéndole la espalda con desprecio, se dirige al otro extremo de la habitación.)*

MOR. *(Que le ha observado con calma, inmóvil en su sitio.)* ¿Cree usted, Eugenio, que la mejor manera de elevarse usted es rebajándome a mí?

EUGE. Aquí concluyó la mil y una lección. Mire usted, Morell, si yo quisiera, estoy seguro de que predicaría mucho mejor que usted. Lo que yo querría encontrar es al hombre que se casó con Cándida.

MOR. El hombre que... ¿A mí, quiere usted decir?

EUGE. No quiero decir al reverendo Jaime Morell, moralista y orador latoso. Quiero decir al hombre real, verdadero, que el reverendo Jaime Morell debe llevar oculto bajo su levitón negro..., el hombre a quien amó Cándida.

MOR. *(Con valor y firmeza.)* Cuando Cándida consintió en casarse conmigo, era yo el mismo moralista y orador latoso que usted ve ahora. ¿Cree usted que me habría querido más si no hubiese sido sincero en mi profesión?

EUGE. *(Desde el sofá, cogiéndose un tobillo.)* ¡Bah! Fué indulgente con usted como lo ha sido conmigo por ser yo un cobarde y un pusilánime, y lo que usted llama un mocoso y un deslenguado. *(Embelesado.)* Una mujer así, tiene una intuición divina; ama nuestras almas y no nuestras tonterías, embelecos y vanidades. *(Reflexionando un momento, se vuelve luego otra vez hacia Morell.)* Lo que yo quisiera saber es cómo

pudo usted evitar la flamígera espada que a mí me detuvo.

MOR. *(Intencionado.)* Tal vez porque no vinieron a interrumpir a los diez minutos.

EUGE. *(Desconcertado.)* ¿Qué?

MOR. El hombre puede escalar las cumbres más altas, pero no puede morar allí mucho tiempo.

EUGE. Es falso; allí puede morar siempre, sólo allí. En los otros momentos es cuando no puede encontrar tranquilidad ni comprender la gloria silenciosa del vivir. ¿En dónde habría yo vivido mis mejores horas sino en las cumbres?

MOR. En el fregadero, mondando cebollas y llenando de petróleo las lamparas.

EUGE. ¿O en el púlpito, fregando almas de barro baratas?

MOR. Sí, también. Allí fué donde gané mis mejores momentos y el derecho a solicitar el amor de Cándida. No pedí prestados esos momentos, ni los empleé en robar la felicidad de otro hombre.

EUGE. *(Un tanto asqueado, dirigiéndose hacia la chimenea.)* No dudo que llevaría usted a cabo el trato con la misma honradez que hubiese comprado una libra de queso. *(Se para al llegar a la chimenea, y añade, pensativo, para sí, de espaldas a Morell.)* Yo sólo podía acercarme a ella como un mendigo.

MOR. *(Sobresaltado.)* ¡Un mendigo muerto de frío, mendigando su bufanda!

EUGE. *(Volviéndose sorprendido.)* Gracias por aludir a mi poesía. Sí, como un mendigo muerto de frío, mendigando su bufanda.

MOR. *(Con excitación.)* Y ella se la negó. ¿Y quiere usted que le diga por qué se la negó? Se lo puedo decir porque ella misma me lo ha dicho. Fué porque...

EUGE. Pero si no me la negó.

MOR. ¿No?

EUGE. No. Ella me ofreció todo lo que yo quisiera: su toquilla, sus alas, la corona de estrellas de su

cabeza, las azucenas de sus manos, la media luna de sus pies...

MOR. *(Agarrándole.)* ¡Diga usted la verdad de una vez! Mi mujer es mia, y ¡basta ya de pamemas poéticas! Sé muy bien que si yo hubiese perdido su amor y usted lo hubiese ganado, ninguna ley la retendría.

EUGE. *(Malicioso, sin miedo ni resistencia.)* Agárreme usted del cuello, Morell; así me lo arreglará ella, como esta mañana. *(Con verdadero arrobo.)* Todavía me parece sentir el contacto de sus manos.

MOR. ¡Bribonzuelo! ¿No se da usted cuenta de que está jugando con fuego? ¿Cómo se atreve usted a hablarme de ese modo? *(Con temor súbito.)* ¿O es que ha ocurrido algo que justifique esa súbita audacia?

EUGE. Ya no temo nada. Antes me repugnaba usted, y por eso me rebelé a su contacto. Pero hoy pude ver—cuando ella le atormentó—que usted también la quiere. Desde aquel momento fuí amigo de usted; me puede usted estrangular si quiere.

MOR. *(Soltándole.)* Eugenio, si eso no es una mentira cruel, si queda en usted un destello de sentimiento humano, dígame lo que ha sucedido durante mi ausencia.

EUGE. ¡Lo que ha sucedido!... Pues la espada flamígera... *(Morell hace un gesto de impaciencia.)* Bien, lo diré en prosa lisa y llana: la quiero tan exquisitamente, que no quise más que la conciencia jubilosa de ese amor. Y antes de que yo tuviera tiempo de bajar de las cumbres más altas, usted entró.

MOR. *(Sufriendo profundamente.)* De modo que todavía no hay nada resuelto... todavía queda el tormento de la duda.

EUGE. ¿Tormento, dice usted? ¡Por mi parte, soy el hombre más feliz del mundo! Ya no deseo nada, como no sea la felicidad de ella. *(Can pasión fervorosa.)* ¡Oh, Morell, renunciemos a ella los

dos! ¿Por qué obligarla a escoger entre un poeta enclenque y neurasténico como yo, y un párroco vulgar y obtuso como usted? Pongámonos en camino para una peregrinación; usted hacia levante, y yo hacia poniente, en busca de un amante digno de ella... de algún hermoso arcángel de alas resplandecientes...

MOR. ¡Cuánta palabrería absurda! Pero, si es lo bastante loca para dejarme por usted... ¿quién la protegerá? ¿Quién la ayudará? ¿Quién trabajará por ella? ¿Quién será un padre para sus hijos? *(Se sienta, trastornado, en el sofá, con los codos sobre las rodillas y la cabeza apoyada en los puños.)*

EUGE. *(Castañeteando violentamente los dedos.)* A ella le tienen sin cuidado esas preguntas necias. Ella es la que necesita a alguien que proteger, que ayudar, que trabajar por él... alguien que le dé hijos a quienes proteger y ayudar. Algún hombre que haya vuelto a ser de pronto como un niño pequeño. ¡Ah!, ¡tonto, tonto y cien veces tonto! Yo soy ese hombre, Morell, yo soy ese hombre. *(Baila por la habitación, muy excitado, gritando.)* Usted no comprende lo que es una mujer. Llámela usted, Morell, llámela y déjela escoger entre... *(La puerta se abre y Cándida entra. Eugenio se queda inmóvil, como petrificado.)*

CANDI. *(Con extrañeza, en el quicio.)* ¡Por Dios! ¿Qué le pasa a usted, Eugenio?

EUGE. *(Muy cortado.)* Jaime y yo estamos predicando a porfía, a ver quién lo hace mejor, y resulta que se está llevando la peor parte. *(Cándida mira rápidamente a Morell. Al verle tan abatido, se precipita hacia él, increpando a Eugenio muy enojada.)*

CANDI. Usted le ha estado haciendo sufrir. Pero sepa usted que no puedo tolerarlo; ¿lo entiende usted, Eugenio? *(Poniendo su mano en el hombro de Morell y, en su enojo, casi olvidando su dis-*

creción conyugal.) No quiero que hagan sufrir a mi niño; yo le protegeré.

MOR. *(Levantándose, altanero.)* ¡Protegerme a mí!

CANDI. *(Sin hacerle caso, a Eugenio.)* ¿Qué es lo que le ha dicho usted?

EUGE. *(Anonadado.)* Nada, yo...

CANDI. ¿Cómo nada?

EUGE. *(Lastimero.)* Quiero decir que... yo... En fin, lo siento mucho. No lo haré más, de veras que no. Le prometo dejarlo en paz.

MOR. *(Indignado, con un movimiento agresivo hacia Eugenio.)* ¡Dejarme a mí en paz! Usted es un...

CANDI. *(Deteniéndole.)* Silencio... Déjame a mí ajustarle la cuenta, Jaime.

EUGE. *(A Cándida.)* Pero, ¿no se habrá usted enfadado conmigo, supongo?

CANDI. *(Severa.)* Sí, señor; estoy enfadada, muy enfadada. Me dan ganas de ponerle de patitas en la calle.

MOR. *(Impresionado por la violencia de Cándida, y nada dispuesto a dejar que ella resuelva la cuestión.)* Calma, Cándida, calma. Me basto y me sobro para defenderme.

CANDI. *(Acariciándole.)* Sí, hijito, ya lo sé; pero no quiero que te hagan sufrir y te den disgustos.

EUGE. *(Casi con lágrimas, volviéndose hacia la puerta.)* Me voy...

CANDI. No tiene usted que irse. Y ya comprenderá usted que no le voy a dejar ir a estas horas de la noche. *(Con violencia.)* Pero, ¡avergüéncese usted, avergüéncese!

EUGE. *(Desesperado.)* Pero, ¿qué he hecho?

CANDI. Sé lo que ha estado usted haciendo lo mismo que si hubiese estado aquí todo el tiempo. Es una indignidad. Es usted un niño, no puede callarse el pico.

EUGE. Antes que proporcionarle a usted un solo momento de contrariedad preferiría morirme diez veces.

CANDI. *(Con desprecio por sus puerilidades.)* ¿Y qué iba yo sacando con su muerte?

MOR. Cándida, querida mía, ¿a qué discutir? Esta es cuestión que debe arreglarse entre dos hombres, y yo soy el llamado a arreglarlo.

CANDI. ¡Dos hombres! ¿Y dónde está el otro? *(A Eugenio.)* A usted lo que habría que hacer es darle una mano de azotes.

EUGE. *(Encantado de que le regañen.)* Si me regañan como a un chiquillo, tengo que excusarme como un chiquillo. El empezó. Y él es mayor que yo.

CANDI. *(Perdiendo un poco de su seguridad al ver amenazada la dignidad de Morell.)* ¡Eso no puedo creerlo! *(A Morell.)* ¿Verdad que tú no empezaste, Jaime?

MOR. *(Despreciativo.)* No.

EUGE. *(Indignado.)* ¿Cómo que no?

MOR. *(A Eugenio.)* Usted empezó... esta mañana. *(Cándida, al punto, relaciona esto con la misteriosa alusión de Morell hecha por la tarde a la conversación que tuvo por la mañana con Eugenio, y mira a éste con súbita sospecha. Morell prosigue, con el énfasis del superior agraviado.)* Pero su segunda afirmación es verdad. Yo soy el mayor de los dos, y también el más fuerte. Por eso, Cándida, lo mejor será que me dejes a mí el arreglar la cuestión.

CANDI. *(Calmándole de nuevo.)* Sí, querido, pero... *(Confusa.)* No entiendo lo que quieres decir con lo de esta mañana.

MOR. *(Con indulgencia.)* No hace falta que entiendas, querida.

CANDI. Pero, Jaime, yo... *(Suena la campanilla.)* ¡Qué fastidio! Ya están ahí todos. *(Sale para abrir. Se oyen, casi en seguida, risas y voces, y Mill, con los ojos encendidos, y de muy buen humor, entra acompañado de Burgess, que parece haberse divertido mucho, por más que no ha perdido la serenidad. Proserpina, vistiendo su traje y su chaqueta más elegante, sigue detrás. Aunque sus ojos brillan más que antes, se nota que está disgustada. Se coloca de espaldas a la máquina de escribir, con una mano en ella para*

apoyarse, pasándose la otra por la frente como si estuviese algo mareada. Eugenio recae en su habitual timidez y se esconde en el ángulo de la librería, junto a la ventana.)

MILL. *(Muy animado.)* Permítame que le felicite, señor Morell. *(Cogiéndole la mano.)* ¡Cómo habló usted! Se superó, realmente

BURG. Y que lo diga usted. ¡Muy bien, Jaime, pero que muy bien! Estuve despierto hasta la última palabra, ¿verdad, señorita Garnett?

PROS. *(Enfadada.)* ¡Y yo qué sé! ¡Estaba demasiado ocupada en tomar notas, para fijarme en usted! *(Saca su libro de notas y mira lo taquigrafiado, que casi la hace llorar.)*

MOR. ¿Hablé demasiado aprisa, tal vez?

PROS. Demasiado. Y ya sabe usted que no puedo escribir más de noventa palabras por minuto. *(Descarga su mal humor tirando coléricamente el libro de notas al lado de la máquina.)*

MOR. ¿Qué le vamos a hacer? Otra vez hablaré más despacio. A todo esto, ¿han cenado ustedes?

MILL. Burgess ha tenido la generosidad de invitarnos a cenar en un restaurante. ¡Y qué cena!

BURG. *(Con magnanimidad efusiva.)* Me sirvió de gran satisfacción el que aceptaran mi modesto obsequio.

PROS. Hubo hasta champagne. Yo nunca lo había probado. Y me siento así... un poco rara...

MOR. *(Sorprendido.)* ¡Caramba! ¿Una cena con champagne y todo? ¿Fué mi elocuencia la que produjo ese efecto extraordinario?

MILL. *(Con prosopopeya.)* Su elocuencia de usted y la generosidad del señor Burgess. *(Con otra explosión de expansiva alegría.)* ¡Y qué hombre tan encantador es el presidente! Vino a cenar con nosotros.

MOR. *(Con tono significativo, mirando a Burgess.)* ¡Ah!... ¿Conque el presidente? Ya... ya... ya entiendo. *(Burgess, ocultando una sonrisa de satisfacción por su habilidad diplomática, se retira hacia la lumbre. Mill se cruza de brazos*

y queda apoyado contra la librería, en la actitud de un hombre que ha cenado copiosamente. Cándida entra con vasos, limones y un jarro de agua caliente en una bandeja.)

CANDI. ¿Quién quiere limonada? Ya ustedes conocen la regla de la casa: abstinencia completa de bebidas alcohólicas. *(Coloca la bandeja en la mesa y coge el estrujalimones, mirando a su alrededor, en actitud interrogante.)*

MOR. Es inútil, hija mía. Acaban de tomar champagne. Proserpina ha quebrantado su voto.

CANDI. *(A Proserpina.)* ¿Que ha bebido usted champagne?

PROS. *(Con viveza.)* Sí, señor. Hice voto de abstenerme de la cerveza y de los licores, pero no del champagne, porque no creí que llegaría nunca el caso de probarlo. Además, la cerveza y los licores no me gustan. ¿Hay alguna carta que contestar todavía, señor Morell?

MOR. Esta noche ninguna.

PROS. Entonces, con su permiso, me retiro. Buenas noches tengan ustedes

MILL. *(Galante.)* ¿Quiere usted que la acompañe hasta su casa, señorita Garnett?

PROS. No se moleste, gracias. Esta noche no me siento en estado de confiarme a nadie. ¡Ojalá no hubiese probado siquiera aquel brebaje! *(Sale.)*

BURG. *(Indignado.)* ¡Brebaje dice! Vamos, esa muchacha no sabe lo que es champagne Pommery y Roederer a doce chelines y seis peniques la botella. Dos copas, una tras otra, que se tomó de un trago.

MOR. *(Un poco inquieto por ella.)* Alejandro, vaya usted y acompáñela. No sea que le pase algo.

MILL. *(Alarmado.)* Pero si realmente está... Supóngase que empieza a cantar en la calle, o cosa por el estilo.

MOR. Razón de más para que cuide usted de ella hasta dejarla en casa.

CANDI. Ande usted, Alejandro, sea usted un buen chi-

co. *(Dándole la mano y empujándole hacia la puerta.)*

MILL. ¡Hágase su voluntad! Buenas noches, señora. Señores, buenas noches. *(Sale. Cándida cierra la puerta.)*

BURG. También el amigo Mill se achispó después de tomar la segunda copa. Hoy día la gente ya no sabe beber. *(Cambiando de conversación y alejándose otra vez de la lumbre.)* Bueno, Jaime, ya va siendo hora de retirarse. ¿Qué, señor Marchbanks, tendré el gusto de ir un rato en su compañía?

EUGE. *(Asustado.)* Sí, lo mejor será que me vaya. *(Se precipita hacia la puerta, pero Cándida se coloca delante de ella, cortándole el camino.)*

CANDI. *(Con autoridad tranquila.)* No, señor. Usted se sienta. Todavía no se puede marchar.

EUGE. *(Intimidado.)* No... si no quise decir... *(Vuelve a sentarse, muy abatido, en el sofá.)*

CANDI. El señor Marchbanks se quedará esta noche aquí, papá.

BURG. Bueno, bueno. Que descanse, pues. Hasta otro rato, Jaime. *(Dándole la mano a Morell y yendo, luego, hacia Eugenio.)* Diga que le pongan una lamparilla en su mesa de noche, señor Marchbanks, por si le diese de pronto ese mal de que antes se quejaba. Buenas noches.

EUGE. Gracias, haré lo que usted dice. Que usted descanse, señor Burgess. *(Se dan la mano. Burgess va hacia la puerta.)*

CANDI. *(Reteniendo a Morell, que hace ademán de acompañar a Burgess.)* Estate aquí, querido. Yo le pondré el gabán a papá. *(Sale con Burgess.)*

EUGE. Se prepara una escena terrible, Morell. ¿No le da a usted miedo?

MOR. Lo más mínimo.

EUGE. Nunca le he envidiado por su valor, pero confieso que ahora... *(Se levanta tímidamente y pone su mano en el antebrazo de Morell, como pidiendo protección.)* No me abandone usted.

MOR. *(Rechazándole suave, pero resueltamente.)*

Cada uno para sí, Eugenio. Ella tiene ahora que escoger entre los dos. *(Pasando al otro lado de la habitación cuando vuelve Cándida. Eugenio torna a sentarse en el sofá, como un chiquillo cogido infraganti.)*

CANDI. *(Entre los dos, dirigiéndose a Eugenio.)* ¿Está usted triste?

EUGE. *(Serio.)* Sí, tengo el corazón oprimido.

CANDI. Está bien; entonces habrá que perdonarle. Ahora váyase usted a la cama como un chico obediente; tengo que hablar de usted con Jaime.

EUGE. *(Levantándose, muy consternado.)* ¡No! No puedo obedecer, Morell. Debo quedarme. No quiero irme. Dígaselo usted.

CANDI. *(Cuya sospecha queda confirmada.)* ¿Que me diga qué? *(Los ojos de Eugenio evitan furtivamente los de ella. Ella se vuelve, e interroga con la mirada a Morell.)*

MOR. *(Preparándose para la catástrofe.)* No tengo nada que decirle a Cándida, como no sea que... *(Aquí su voz toma un acento de melancólica ternura.)* ella es mi mayor tesoro en este mundo... si es que realmente es mía.

CANDI. *(Friamente, ofendida por su eterna oratoria, que le hace hablar como si estuviese delante de sus feligreses.)* Si es eso todo, estoy segura de que Eugenio no dirá menos.

EUGE. *(Desanimado.)* Morell, se está riendo de nosotros.

MOR. *(Con un leve asomo de enojo.)* ¿Es verdad eso, Cándida?

CANDI. Eugenio es muy ingenioso, Jaime. Espero que me hará reír; pero, por lo pronto, me parece que tendré que enfadarme mucho. *(Va hacia la chimenea, permaneciendo apoyada en ella, mientras Eugenio se acerca a Morell y le tira de la manga.)*

EUGE. *(Hablando en voz baja.)* Calle usted, Morell. No digamos nada más.

MOR. *(Empujando a Eugenio a un lado, sin dignarse*

mirarle.) Espero que eso no habrá querido ser una amenaza, Cándida.

CANDI. *(Con entonación solemne.)* Ten cuidado, Jaime. Le rogué a usted que se fuera, Eugenio. ¿Se va usted o no?

MOR. *(Tratando de dominar la situación.)* No debe irse. Desearía que se quedase.

EUGE. Me iré. Haré todo lo que Cándida quiera. *(Y se dirige hacia la puerta.)*

CANDI. ¡Alto! *(El obedece.)* ¿No oyó usted que Jaime desea que se quede? El es el amo aquí. ¿No lo sabe usted?

EUGE. *(Rebelándose contra esa tiranía, con rabia de poeta mozo.)* ¿Con qué derecho es el amo?

CANDI. *(Con calma.)* Contéstale, Jaime.

MOR. *(Con mansedumbre.)* Querida, no sé que me asista ningún derecho para ser el amo Por lo menos, no reivindico tal derecho.

CANDI. *(Con reproche infinito.)* ¿Que no sabes? ¿Es posible, Jaime? *(A Eugenio, pensativa.)* Temo que usted no comprenda, Eugenio. Es usted demasiado joven para comprender. Pues bien, le permito que se quede... que se quede y aprenda. *(Apartándose de la chimenea, queda entre ambos.)* Ahora, Jaime, explícame lo que ocurre. Vamos, empieza.

EUGE. *(En voz queda, con angustia.)* ¡No!

CANDI. Vamos; habla claro.

MOR. *(Lentamente.)* Yo hubiera querido preparar tu espíritu cuidadosamente, Cándida, a fin de evitar posibles equívocos.

CANDI. Sí, querido, te creo. Pero no temas, que no caeré en esos equívocos.

MOR. Pues, mira... *(Titubea, en la incapacidad de encontrar palabras para la larga explicación que creyera conveniente.)*

CANDI. ¡Vamos!

MOR. *(Sin más rodeos.)* Eugenio afirma que tú estás enamorada de él.

EUGE. *(Fuera de sí.)* ¡No, no, nada de eso! Nunca, señora, he dicho semejante cosa; ¡no es verdad!

Dije que yo la quería a usted, y él no. Dije que yo la entendía y que él no podía. Y no lo dije después de haber pasado la velada aquí, junto a la chimenea, sino ya esta mañana: palabra de honor.

CANDI. *(Comprendiendo.)* ¿Esta mañana?

EUGE. Sí. *(La mira, suplicándole le dé crédito, y luego añade sencillamente.)* Esa fué la causa del estado en que se encontraban mi cuello y mi corbata.

CANDI. *(Al cabo de un momento, pues en un principio no le entiende.)* ¡Su cuello y su corbata! *(Volviéndose, en actitud de reproche, hacia Morell.)* ¿Es posible, Jaime? ¿Cómo pudiste?...

MOR. *(Avergonzado.)* Ya conoces mi genio, Cándida. A veces no sé dominarme. Y él tuvo la audacia de decirme que tú me despreciabas en tu corazón.

CANDI. *(Volviéndose rápidamente hacia Eugenio.)* ¿Dijo usted eso?

EUGE. *(Aterrorizado.)* ¡No!

CANDI. *(Severamente.)* Entonces, Jaime acaba de decir una falsedad. ¿Es esto lo que quiere decir usted?

EUGE. No... no... Yo... yo... *(Buscando desesperadamente una explicación.)* Fué la mujer de David, y no fué en su casa, sino cuando lo vió bailando ante todo el pueblo.

MOR. *(Cogiendo al vuelo el argumento, con la habilidad de un orador profesional.)* Bailaba delante de todo el pueblo, Cándida, pensando que estaba moviendo sus corazones con esos sagrados ejercicios cuando resultaba que lo único que sentían al verle era... lo que siente Proserpina... *(Cándida hace ademán de protestar, pero él levanta la mano para imponer silencio, y exclama.)* No trates de hacerte la indignada, Cándida.

CANDI. ¿Yo tratar?

MOR. Eugenio tenía razón. Tú misma me dijiste pocas horas después que Eugenio siempre tenía

razón. Realmente, no dijo nada que no confirmaras tú luego. El es el poeta que lo ve todo, y yo soy el pobre clérigo que no entiende nada.

CANDI. *(Con remordimiento.)* ¿Y te importa lo que dice un chiquillo loco, simplemente porque yo, en broma, diga luego algo parecido?

MOR. Ese chiquillo loco sabe hablar con la inspiración de un niño y la malicia de una serpiente. El ha afirmado que tú le perteneces a él y no a mí; y, con o sin razón, he llegado a temer que sea verdad. No quiero seguir atormentado por la duda y la sospecha. No quiero vivir a tu lado ocultándote un secreto. No quiero sufrir la intolerable degradación de los celos. Hemos convenido—él y yo—que tú ahora escogerás entre los dos. Espero tu decisión.

CANDI. *(Retrocede un paso, lentamente, un tanto ahita de su oratoria, a pesar de los sinceros sentimientos que envuelve.)* ¡Conque tengo que escoger, eh! Y supongo que también estará ya resuelto que habré de pertenecer a uno u otro.

MOR. Naturalmente. Tienes que escoger definitivamente.

EUGE. *(Angustiado.)* No comprende usted, Morell; Cándida quiere decir que se pertenece a sí misma.

CANDI. *(Volviéndose hacia él.)* Quiero decir eso y bastante más, joven, como van ustedes a ver ahora mismo. Pero digan mis amos y señores, ¿qué es lo que tiene que ofrecer cada uno para que yo me decida? Ya que, por lo visto, me van a subastar. Vamos a ver: ¿qué ofreces tú, Jaime?

MOR. *(Con tono de reproche.)* Cánd... *(No puede seguir; sus ojos se llenan de lágrimas, su voz sollozа; el orador se transforma en un alma herida.)* No puedo hablar...

CANDI. *(Yendo impulsivamente hacia él.)* ¡Jaime! Amor mío.

EUGE. *(Alarmadísimo.)* ¡Alto! ¡Eso no está bien! Usted no debe hacerle ver que sufre, Morell. Yo también estoy en el tormento y no lloro.

MOR. *(Apelando a todas sus fuerzas.)* Sí, tiene usted razón. No es compasión lo que estoy implorando. *(Se aparta de Cándida.)*

CANDI. *(Retrocediendo friamente.)* Perdona. No tenía la intención de ofenderte. Estoy esperando tu oferta.

MOR. *(Con humildad y energía.)* Yo no tengo nada que ofrecerte, como no sea mi fuerza para tu defensa, mi honradez para tu seguridad, mi habilidad y mi inteligencia para el sustento de tu vida, y mi autoridad y posición para tu dignidad. Esto es todo lo que un hombre puede ofrecer a una mujer.

CANDI. *(Con mucha calma.)* Y usted, Eugenio, ¿qué ofrece?

EUGE. ¡Mi debilidad, mi desolación, los anhelos de mi corazón!

CANDI. *(Impresionada.)* He ahí una buena oferta, Eugenio. Ya sé ahora cómo he de escoger. *(Se interrumpe y mira curiosamente a uno y a otro, como evaluándolos. Morell, cuyo soberbia confianza en sí mismo se ha convertido en una angustia desgarradora, al oír el ofrecimiento de Eugenio pierde toda moderación y no puede ocultar lo que pasa en él. Eugenio, como petrificado, no pestañea.)*

MOR. *(Con voz sofocada y en el colmo de la angustia y la desesperación.)* ¡Cándida!

EUGE. *(Aparte, en un arranque de ira.)* ¡Cobarde!

CANDI. *(Incisivamente, dejando caer una a una las palabras.)* Me doy al más débil de los dos. *(Eugenio adivina en seguida su intención, y su rostro palidece como el acero en el horno.)*

MOR. *(Inclinando la cabeza, con la serenidad del moribundo.)* Acepto tu sentencia, Cándida.

CANDI. ¿Entiende usted, Eugenio?

EUGE. ¡Sí... sé que estoy perdido!

MOR. *(Incrédulo, levantando la cabeza con brusquedad prosaica.)* ¿Pero soy yo el elegido, Cándida?

CANDI. *(Sonriendo levemente.)* Sentémonos y hablemos

tranquilamente de la cuestión como tres amigos. *(A Morell.)* Siéntate, querido. *(Morell toma la silla de al lado de la chimenea... la sillita de niño...)* Acérqueme ese sillón, Eugenio. *(Indica el sillón. El lo empuja silenciosamente, con fría energía, y lo coloca al lado de Morell, un poco atrás de éste. Ella se sienta. Eugenio ocupa un sitio en el sofá, callado y reservado. Cuando todos están sentados, ella empieza a hablar, derramando sobre ellos, con su tono tranquilo, sano y tierno, un bálsamo de serenidad.)* ¿Se acuerda usted, Eugenio, de lo que me contó de sí mismo: que nadie había cuidado de usted desde que murió su anciana ama; que sus hermanas, inteligentes y elegantes, y sus hermanos, más brillantes que usted, eran los preferidos de sus padres; lo desgraciado que era usted en el colegio, y cómo su padre estaba tratando de que volviera usted a Oxford privándole al efecto de recursos, y cómo tuvo usted que vivir casi en la miseria, sin refugio seguro, sin cariño de nadie, por nadie comprendido, siempre solo y triste?

EUGE. *(Fiel a la nobleza de su destino.)* Tenía mis libros, tenía la Naturaleza; y, por fin, la encontré a usted. No me quejo de mi suerte.

CANDI. No se trata de eso en este momento. Lo que quiero es que se fije usted ahora en este otro niño... mi niño... echado a perder a fuerza de mimos, desde la cuna. Alguna vez iremos a pasar unos días en casa de sus padres. Vendrá usted con nosotros, Eugenio, y verá usted las fotografías del héroe de aquella casa. ¡Jaime, de niño de pecho, el rorro más hermoso de todos los rorros! ¡Jaime, con sus primeros pantalones; Jaime, a la edad de ocho años, con los primeros premios de la escuela en la mano; Jaime, con su primer traje de americana! ¡Jaime, en toda suerte de gloriosas circunstancias! Usted sabe lo fuerte que es (espero que no le habrá lastimado, ¿verdad?) y lo inteligente y lo

dichoso que es. *(Con gravedad creciente.)* Pregunte usted a la madre y a las tres hermanas de Jaime lo que costó el evitarle el trabajo de hacer otra cosa que ser fuerte, inteligente y dichoso. Pregúnteme usted a mí lo que cuesta el ser a la vez su madre y sus tres hermanas, y la mujer y la madre de sus hijos, todo en una sola persona. Pregunte usted a Proserpina y a María, la cocinera, el trabajo que hay en casa hasta cuando no hay visitas que nos ayuden a mondar las cebollas. Pregunte usted a los cobradores que vienen con las cuentas a molestar a Jaime en la concepción de sus magníficos sermones, quién es la persona que les hace frente. Cuando hay dinero que dar, él lo da; cuando hay que negarlo, lo niego yo. Construí para él un castillo de comodidad, bienestar y de amor, y monto la guardia de sus puertas para impedir el paso a los pequeños cuidados de la vida. Sí le hice dueño aquí, aunque él no lo sabe, ni hace un momento, supo decirle a usted cómo ha venido a serlo. *(Con suave ironía.)* ¡Y pensar que cuando se le ocurrió que yo pudiera marcharme con usted, su único temor era... lo que había de ser de mí! Y que para inducirme a quedarme me ofreció... *(Inclinándose hacia adelante para pasar su mano por el pelo de Morell, acariciándole así a cada frase.)* su fuerza para mi defensa, su habilidad para mi sustento, su posición para mi dignidad, su... *(Cambiando de tono.)* ¡Ay!, estoy confundiendo y echando a perder tus frases tan hermosas, ¿verdad, querido? *(Y aprieta su mejilla cariñosamente contra la de Morell.)*

MOR. *(Completamente anonadado, cae de rodillas ante ella y la abraza con ingenuidad infantil.)* Todo lo que dices es verdad. Lo que soy, al trabajo de tus manos y al cariño de tu corazón lo debo. Tú eres mi mujer, mi madre y mi hermana, tú eres la suma de todos los cariños posibles en la vida.

CANDI. *(En sus brazos, sonriendo, a Eugenio.)* ¿Qué, soy también para usted, Eugenio, una madre y una hermana?

EUGE. *(Levantándose con un altivo ademán de negación.)* ¡Oh, nunca! ¡Afuera, pues, a la noche conmigo!

CANDI. *(Levantándose rápidamente y deteniéndole.)* Pero ¡no se irá usted usted así, Eugenio!

EUGE. *(Con el tono ya de un hombre que súbitamente deja de ser un niño.)* Sé darme cuenta de la hora cuando suena. Impaciente me siento ya de hacer lo que no hay más remedio que hacer.

MOR. *(Levantándose, alarmado.)* ¡Cuidado, no vaya a hacer un disparate, Cándida!

CANDI. *(Confiada, sonriendo a Eugenio.)* ¡Oh, no hay cuidado! Aprendió a vivir sin felicidad.

EUGE. Ya no deseo la felicidad: la vida es más noble. Reverendo Morell, le entrego a usted con ambas manos mi felicidad. Y le quiero bien por haber llenado el corazón de la mujer que amé. ¡Adiós! *Se dirige hacia la puerta.)*

CANDI. Una última palabra. *(El se detiene, pero sin volverse hacia ella.)* ¿Cuántos años tiene usted, Eugenio?

EUGE. En este momento, tantos como el mundo. Esta mañana, diez y ocho.

CANDI. *(Yendo hacia él, que está de espaldas a ella, le pone la mano, acariciadoramente, en el hombro.)* ¡Diez y ocho! ¿Quiere usted hacerme el favor de componer un pequeño poema con las dos frases que voy a decirle? ¿Y me promete usted repetírselo a sí mismo cada vez que piense en mí?

EUGE. *(Inmóvil.)* Vengan esas frases.

CANDI. "Cuando yo tenga treinta años, ella tendrá cuarenta y cinco." "Cuando yo tenga sesenta, ella tendrá setenta y cinco.)

EUGE. *(Volviéndose hacia ella.)* Y dentro de cien años tendremos la misma edad los dos. Pero yo tengo un secreto mejor que ése en mi corazón...

Y, ahora, deje usted que me vaya. La noche fuera se impacienta.

CANDI. ¡Adiós! *(Toma la cara de Eugenio entre sus manos, y como él adivina su intención y dobla la rodilla, ella le besa en la frente. Luego, él se precipita afuera y desaparece en la noche. Ella se vuelve hacia Morell, tendiéndole los brazos.)* ¡Jaime mío!... *(Y se abrazan. Pero no conocen el secreto del corazón del poeta.)*

TELÓN

Esta obra pertenece al tomo de *Comedias agradables* de la serie de "Obras completas" de G. Bernard Shaw, editadas por la Editorial de M. Aguilar, de la que van publicados los siguientes volúmenes:

Comedias agradables.—Comedias desagradables.—Tres comedias para puritanos.—Hombre y superhombre.—El dilema del doctor.—La otra isla de John Bull.—Matrimonio desigual.—Pigmalión.—La casa de las penas.—Santa Juana.—Volviendo a Matusalem.—Guía de la mujer inteligente.

EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

1. *Lecciones de buen amor*, por Jacinto Benavente.
2 *Cobardías*, por Manuel Linares Rivas.
3 *La señorita está loca*, por Felipe Sassone.
4 *Encarna la Misterio*, por F. Luque y E. Calonge.
5 *La pluma verde*, por Pedro Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.
5 *Madrigal*, por Gregorio Martínez Sierra.
7 *Un marido ideal*, por Oscar Wilde.—Traducción de Ricardo Baeza.
8 *¡Qué hombre tan simpático!*, por Arniches. Paso y Estremera.
9 *Febrerillo el loco*, por S. y J. Alvarez Quintero.
10 *Las canas de Don Juan*, por J. I Luca de Tena.
11 *La garra*, por Manel Linares Rivas.
12 *La noche clara*, por A. Hernández Catá.
13 *La virtud sospechosa* (extraord.°), por J. Benavente.
14 *Vidas rectas*, por Marcelino Domingo.
15 *El ardid*, por Pedro Muñoz Seca.
16 *La nave sin timón*, por Luis Fernández Ardavín.
17 *El marido de la estrella*, por Manuel Linares Rivas.
18 *La dama salvaje*, por Enrique Suárez de Deza.
19 *Los cómicos de la legua*, por Federico Oliver.
20 *Volver a vivir*, por Felipe Sassone.
21 *Madame Buterfly*, por V. Gabirondo y E. Endériz.
22 *Colonia de lilas*, por J. Fernández del Villar.
23 *La locura de don Juan*, por Carlos Arniches.
24 *La otra honra*, por Jacinto Benavente.
25 *Fantasmas*, por Manuel Linares Rivas.
26 *Rosa de Madrid*, por L. Fernández Ardavín.
27 *Para hacerse amar locamente*, por G. Martínez Sierra.
28 *El conflicto de Mercedes*, por Pedro Muñoz Seca.
29 *La prisa*, por S. y J. Alvarez Quintero.
30 *La hija de Iorio*, por Gabriel D'Annunzio.
31 *La galana*, por Pilar Millán Astray.
32 *La Malquerida*, por Jacinto Benavente.
33 *La española que fué más que reina*, por E. Contreras y Camargo y L. López de Sáa.
34 *A campo traviesa*, por Felipe Sassone.
35 *Vida y dulzura*, por S. Rusiñol y G. M. Sierra.
36 *Las lágrimas de la Trini*, por C. Arniches y J. Abati.
37 *Como buitres*, por Manuel Linares Rivas.
38 *La Prudencia*, por J. Fernández del Villar.
39 *El pan de cada día*, por Marcelino Domingo.
40 *Madame Pepita*, por G. Martínez Sierra.
41 *Don Juan, buena persona*, por S. y J. A. Quintero.
42 *El pueblo dormido*, por Federico Oliver.
43 *Señora ama*, por Jacinto Benavente.
44 *El secreto de Lucrecia*, por Pedro Muñoz Seca.
45 *La fuerza del mal*, por Manuel Linares Rivas.
46 *El bandido de la Sierra*, por Luis F. Ardavín.
47 *La intrusa*, por Mauricio Maeterlinck.
48 *No te ofendas, Beatriz*, por C. Arniches y J. Abati.
49 *Los leales*, por S. y J. Alvarez Quintero.
50 *El collar de estrellas*, por Jacinto Benavente.

51 *El llanto*, por Pedro Muñoz Seca.
52 *Una mujer sin importancia*, por Oscar Wilde.
53 *Los intereses creados* y *La ciudad alegre y confiada* (extraord.°), por Jacinto Benavente.
54 *Alfilerazos*, por Jacinto Benavente.
55 *La raza*, por Manuel Linares Rivas.
56 *Rosas de otoño* y *La honra de los hombres* (extraordinario), por J. Benavente.
57 *La noche del sábado* y *La ley de los hijos* (extraordinario), por J. Benavente.
58 *La comida de las fieras* y *Los malhechores del bien* (extraord.°), por J. Benavente.
59 *Juventud, divino tesoro*, por G. Martínez Sierra.
60 *Mimí Valdés*, por José Fernández del Villar.
61 *El azar*, por Federico Oliver.
62 *El ilustre huésped*, por S. y J. Alvarez Quintero.
63 *Las hijas del Rey Lear*, por Pedro Muñoz Seca.
64 *Manolito Pamplinas*, por José María Granada.
65 *... Y después?*, por Felipe Sassone.
66 *No hay burlas con el amor*, por Alfredo de Musset.
67 *Los nuevos yernos*, por Jacinto Benavente.
68 *Lo que ellas quieren*, por Federico Oliver.
69 *El último mono*, por Carlos Arniches.
70 *Como hormigas*, por Manuel Linares Rivas.
71 *La condesa María*, por J. Ignacio Luca de Tena.
72 *Los sabios*, por Pedro Muñoz Seca.
73 *La jaca torda*, por José Luis Mayral.
74 *¡Mecachis, qué guapo soy!*, por Carlos Arniches.
75 *Lirio entre espinas*, por Gregorio Martínez Sierra.
76 *Poca cosa es un hombre*, por P. Muñoz Seca y R. López de Haro.
77 *Por las nubes*, por Jacinto Benavente.
78 *Son mis amores reales*, por Joaquín Dicenta (hijo).
79 *Divino tesoro*, por Juan Ignacio Luca de Tena.
80 *La dama del armiño*, por Luis Fernández Ardavín.
81 *Lo que se llevan las horas*, por Felipe Sassone.
82 *"En Aragón hi nacido"*, por Carlos Arniches y Pedro
83 *La mala ley* y *Primero, vivir* (extr.), por M. L. Rivas. García Marín.
84 *La hija de la Dolores*, por Luis F. Ardavín.
85 *María Fernández*, por P. M. Seca y P. P. Fernández.
86 *Todo tu amor, o Si no es verdad, debiera serlo*, por Felipe Sassone.
87 *Buena gente*, por Santiago Rusiñol y G. M. Sierra.
88 *La mujer que necesito*, por Enrique Thuillier y S. López de la Hera.
89 *Lo cursi*, por Jacinto Benavente.
90 *La cantaora del Puerto*, por L. F. Ardavín.
91 *Fuensanta la del cortijo*, por Enrique de Alvear.
92 *Anita la Risueña*, por S. y J. Alvarez Quintero.
93 *La neña*, por Federico Oliver.
94 *El día menos pensado*, por Antonio Estremera.
95 *Bartolo tiene una flauta*, por Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
96 *Santa Isabel de Ceres*, por Alfonso Vidal y Planas.
97 *Doña Desdenes*, por M. Linares Rivas.
98 *Hamlet*, por Shakespeare, traducción de G. Martínez Sierra.
99 *La propia estimación*, por Jacinto Benavente.
100 *La venganza de la Petra o donde las dan las toman*, por Carlos Arniches.
101 *El doncel romántico*, por Luis F. Ardavín.

102 *La buena suerte*, por Pedro Muñoz Seca.
103 *Pimienta*, por José F. del Villar.
104 *Amanecer*, por Gregorio Martínez Sierra.
105 *Yo, tú, él... y el otro ..* y *Noche de amor*, por Felipe Sassone.
106 *El carro de la alegría*, por Alberto Valero Martín y Emilio Carrère.
107 *En cuerpo y alma*, por Manuel Linares Rivas.
108 *El huésped del Sevillano*, por Enrique Reoyo y Juan Ignacio Luca de Tena.
109 *Campo de armiño*, por Jacinto Benavente.
110 *Dios dirá*, por J. y S. Alvarez Quintero.
111 *La juerga*, por Federico Oliver.
112 *La novela de Rosario*, por Pedro Muñoz Seca.
113 *Juan de Mañara*, por Manuel y Antonio Machado.
114 *A martillazos*, por M. Linares Rivas y E. Méndez de la Torre.
115 *El hijo de Polichinela*, por Jacinto Benavente.
116 *¡Calla, corazón!*, por Felipe Sassone.
117 *Mamá*, por G. Martínez Sierra.
118 *El astrólogo fingido*, por P. Calderón de la Barca.
119 *Las zarzas del camino*, por M. Linares Rivas.
120 *La niña de los sueños*, por José María Granada.
121 *La mariposa que voló sobre el mar* (extraord.º), por Jacinto Benavente.
122 *Flores y Blancaflor*, por Luis Fernández Ardavín.
123 *La virgen del infierno*, por Alfonso Vidal y Planas.
124 *El señor Adrián el primo o Qué malo es ser bueno*, por Carlos Arniches.
125 *Dale un beso a papá*, por Antonio Suárez.
126 *Solera fina*, por J. Abati y J. Fajardo.
127 *El coloso de arcilla*, por Luis Araquistain.
128. *Contra genio, corazón*, por Luis Urlarte.
129 *La Lola*, por P. Muñoz Seca y P. Pérez Fernández (extraordinario).
130 *Paloma*, por Felipe Sassone.
131 *El doctor Frégoli*, por Erzcinoff, versión castellana de Azorín.
132 *Catalina María Márquez*, por Francisco de Viu.
133 *Un caballero español*, por L. Manzano y M. de Góngora (extraordinario).
134 *Los hijos de trapo*, por Emilio Méndez de la Torre.
135 *El caballero Lobo*, por Manuel Linares Rivas.
136 *La eterna invitada*, por J. I. L. de Tena y M. de la Cuesta.
137 *Brandy, mucho Brandy*, por Azorín.
138 *El juramento de la Primorosa*, por Pilar Millán Astray.
139 *La muerte del dragón*, por P. Muñoz Seca.
140 *La boda de Quinita Flores*, por S. y J. Alvarez Quintero.
141 *Contrabandista valiente*, por Joaquín Dicenta.
142 *No tengo nada que hacer*, por Felipe Sassone.
143 *Los marineros*, por E. Suárez de Deza.
144 *Aire de fuera*, por Linares Rivas.
145 *Sinrazón*, por Ignacio Sánchez Mejía.
146 *La protegida*, por Manuel Fontdevila.
147 *Maltena*, por Etienne Decrept.
148 *Old Spain*, por Azorín.
149 *El príncipe de Dinamarca* (versión libérrima de *Hamlet*), por Fernando de la Milla.
150 *La chica del Citroën*, por E. Suárez de Deza.
151 *Como Dios nos hizo*, por Manuel Linares Rivas.

152 *La vida sigue*, por Felipe Sassone.
153 *La tonta del bote*, por Pilar Millán Astray.
154 *Cabrita que tira al monte*, por S. y J. Alvarez Quintero.
155 *Los gorriones del Prado*, por Alfonso Vidal y Planas.
156 *La ilustre fregona*, por Diego San José.
157 *Comedia del arte*, por "Azorín".
158 *Frente a la vida*, por M. Linares Rivas.
159 *Los Cuatro Caminos*, por A. Custodio.
160 *Los salvajes*, por Alberto Ghiraldo.
161 *Los pastores*, por G. Martínez Sierra.
162 *El chico de las Peñuelas*, por C. Arniches.
163 *Martierra*, por A Hernández Catá.
164 *En cuarto creciente* y *El señor Sócrates*, por M. Linares Rivas.
165 *Los que no perdonan*, por Eusebio Gorbea.
166 *El Clamor*, por P. Muñoz Seca y "Azorín".
167 *Don Luis Mejía*, por Eduardo Marquina y A. Hernández Catá.
168 *¡Sí, señor, se casa la niña!*, por Felipe Sassone.
169 *Te quiero, te adoro*, por E. Suárez de Deza.
170 *El Rodeo*, por Luis Araquistain.
171 *Lo invisible*, por "Azorín".
172 *El nido ajeno*, por Jacinto Benavente.

COMPRE USTED

AVENTVRAS

La publicación que más
se lee hoy en España

EJEMPLAR: 50 CENTIMOS

EL TEATRO MODERNO

EJEMPLAR: 50 CÉNTIMOS

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Hispano-América		Otros países	
Año.....	Pesetas 24	Año.....	Pesetas 40
Semestre....	» 12	Semestre....	» 24
Trimestre...	» 6	Trimestre...	» 12

PAGO ANTICIPADO

LOS NÚMEROS ATRASADOS SE VENDEN AL MISMO PRECIO QUE LOS CORRIENTES

CONDICIONES DE VENTA

Los pedidos deberán venir acompañados de su importe; y los del Extranjero, salvo Portugal y América y sus posesiones, del 10 por 100, además para gastos de envío.

Los pagos se efectuarán por giro postal, en cheque a la vista sobre cualquier Banco de Madrid, en sobre monedero de valores declarados, contra reembolso donde se halle establecido este servicio o en sellos de correos cuando el importe neto no exceda de diez pesetas.

PRENSA MODERNA

A. AGUILERA, 58 MADRID APARTADO 5012

PRENSA MODERNA
AGUILERA 58-MADRID-APARTADO: 8012
LOS NOVELISTAS
AVENTURAS
EL CINEMA
EL TEATRO
MODERNO
LA NOVELA
VIVIDA
PUBLICACIONES

Imp. Artística Sáez Hermanos.
Norte, 21. Teléf. 16244. Madrid.